

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL ASESINO DESVELADO

POR
ENRIQUE AMORIM



Lectulandia

Esta novela registra la aventura de un argentino que se evade de Francia durante la ocupación alemana. En alta mar se enamora de una extraña mujer, hija del inventor de la «hulla invisible». Tal es el principio de este relato; después, en rauda sucesión, ocurren un casamiento comprometedor, audiciones de discos misteriosos, remitidos por enemigos, coartadas inéditas en la historia del crimen. Diestramente, a través de los laberintos de una mentalidad torturada, nos conduce hasta la inolvidable revelación.

Lectulandia

Enrique Amorim

El asesino desvelado

El séptimo círculo - 14

ePub r1.0

xico_weno 14.10.17

Título original: *El asesino desvelado*

Enrique Amorim, 1945

Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

De Tito Hassam puede asegurarse que se condujo como un hombre normal durante su permanencia en Francia, allá por el año 1942. Soportó los riesgos y las privaciones con absoluta entereza; pero, según sus declaraciones, dormía penosamente, con el sueño resquebrajado. Sin razones de salud que podrían justificar el turbio reposo, al despertarse pasaba largas horas analizando la permanencia de sus fugaces huéspedes nocturnos. Se sentía «abandonado de la mano de Alá» —eran sus palabras— desde la penosa evasión de París, al día siguiente de la visita de Hitler a la *Tour Eiffel*.

Dormía muy mal, con los oídos destrozados, no por el fragor de los cañones y el tableteo de las ametralladoras, sino por la dañina voz de los receptores de radio clandestinos. Europa lo devolvió a América con el sentido auditivo hiperestesiado de tanto campar noticias fidedignas. Trasnocado, insomne, partió rumbo a Buenos Aires y, en el camino, cargó con una mujer que imaginaba un delicado cadáver recogido en el campo de batalla.

Y ¡qué mala suerte la suya! A los 42 años, con buena salud y un físico agraciado, —piel mate, frente alta, ojos de lince, boca sensual—, el destino le deparó una de esas mujeres de hermosura espectacular, agresiva y beligerante de la cabeza a los pies.

Pero dejemos para más adelante las señas de la extranjera. Ya nos veremos obligados a no eludirla y, sobre todo, a contar el memorable encuentro en Madeira. Hablemos por ahora de Tito, Tito Hassam, xilógrafo de familia árabe, nacido en la calle Tres Sargentos de Buenos Aires —los padres importaron tejidos—, con justa nombradía en los ambientes artísticos del París de anteguerra y, por supuesto, perfectamente desconocido en su patria.

Hassam llevaba tres noches en blanco. No porque no durmiese, sino porque soñaba que no dormía. Una forma atroz del insomnio. Soñaba que padecía largas vigiliadas, dilatadas en paseos por el cuarto. Se levantaba con los huesos molidos, y no bien se veía reflejado en el espejo del lavatorio, le entraban ganas de tirarse nuevamente en la cama.

Cuando entró en el vestíbulo del cine Ambassador, su sistema nervioso se acomodó, de pronto, como una batería que empieza a recibir la carga con perfecta regularidad. Gracias al piso cubierto de gruesa alfombra, detalle éste que suele pasar inadvertido para los enfermos del sistema nervioso. Existe una importante relación entre el hombre y el suelo. Así, recuperada la calma, tranquilizado, en pocos minutos se convenció de la importancia que tendría aquella noche en el resto de su vida.

Sabía muy bien que en la gestación de cualquier aventura, además de la absoluta confianza en sí mismo, es necesario no tropezar con objetos inanimados que en una u otra forma se opongan a nuestros designios.

La alfombra espesa puso en sordina las cuerdas de sus nervios.

Se acercó a la taquilla y con marcada violencia pidió que le vendiesen una butaca,

punta de banco, en la quinta fila del *pullman*. De antemano había estudiado aquella situación estratégica. Cuando el taquillero le contestó que lamentaba no poder complacerlo, levantó la voz y protestó:

—¡Claro, claro! ¡Se necesita ofrecer propina! ¡No hay otra forma de contentar al público! ¡Qué asco, qué vergüenza!

El taquillero murmuró algunas excusas en voz baja: «No es posible contentar a todo el mundo... Usted comprenderá... Pero vamos a ver qué podemos hacer por usted».

Hassam creyó que había llegado el momento de hacer el escándalo, de vociferar agarrado a los barrotes de la taquilla.

—¡Y apúrese, que usted está aquí para servir al público y nada más!

La simulada indignación hizo blanco en el más robusto de los taquilleros que, en actitud belicosa, articulando esas confusas frases que muchas veces —suelen oírse y no se toman en cuenta, abandonó su puesto y salió al vestíbulo. Algunos peatones callejeros entraron a presenciar el altercado, dispuestos a no perder una escena de la vida real en el recinto de la ficción. Un oficial de policía avanzó decidido a intervenir. Y como los uniformes tienen extraño poder atractivo, los noctámbulos ociosos, en desordenada balumba, irrumpieron en el vestíbulo. Ya entre ellos se comunicaban las más peregrinas versiones: Que habían aplaudido a Hitler, que alguien silbó a Fiorello La Guardia, que un sujeto gritó «¡Viva Francia!», que se pretendía interrumpir la proyección, que alguien se propasó con una señora.

Uno de los curiosos, en broma, o en serio (en tales momentos es difícil conocer la medida del buen humor), un sujeto con quevedos de oro, señores éstos que siempre tienen a mano las tarjetas de visita, tendió su diminuto distintivo por arriba del hombro del oficial, ofreciéndose para declarar en su favor.

—¡Tiene razón, tiene! —dijo el comedido—. ¡Son más abusadores, son! ¡Los mejores asientos para el que los corrompe con la propina! ¡Tome mi tarjeta, tome!

Los ánimos se apaciguaron cuando intervino el empresario con el aire persuasivo del que tiene mucho que perder y mucho que ganar. «No se moleste. Yo le daré lo que pide». Mientras el oficial despejaba el vestíbulo, el provocador Hassam trepaba de tres en tres peldaños la escalinata lateral que conduce al *pullman*. Al subir, fue murmurando por lo bajo, entre suspirando las palabras alteradas por la prisa y el esfuerzo:

—¡Estupenda coartada! Yo creo que ninguno de estos tipos se olvidara de mí. Una coartada perfecta. ¡Con intervención policial! ¡Magnífico!

Entregó el billete y se dejó conducir hasta el asiento solicitado. Introdujo la moneda en la mano del acomodador, como, si presionase en el interruptor de una lámpara, y la luz se apagó al segundo.

Ya sentado, se fue quitando el sobretodo con economía de movimientos, y mientras la linterna encandilaba a otros espectadores, aprovechó para levantarse rápidamente y abandonar la sala. Al bajar la escalinata, en cabeza y sonándose las

narices para que el pañuelo ocultase un tanto su rostro, se le ocurrió calarse los lentes ahumados y renquear por si alguien reconocía en él al irascible sujeto del altercado. Como la taquilla se hallaba bajo la escalinata, era difícil que le viesen abandonar el local. Se dirigió a la izquierda, perdiéndose entre el gentío, contento de verse reincorporado al tumulto de la calle.

Anduvo de prisa con el cuerpo penetrado por el frío de la noche. El insomnio produce escalofríos, pero también oleadas de calor no bien el paso se hace pronunciadamente enérgico. Cuando Tito Hassam llegó a la esquina de Florida y Tucumán buscó su automóvil en la fila de vehículos estacionados, tratando de esquivar al cuidador. Lo evitó, luego de una silenciosa maniobra. Nada de acelerar el motor ni dar portazos, ni encender las luces. Cuando el cuidador se acercó a recoger la propina, dejó caer la moneda en la mano callosa, ocultando el rostro. Y en pocos minutos, más exactamente en siete minutos —porque es de suma importancia contarlos en el presente caso—, nuestro hombre corría velozmente por Esmeralda, en dirección a Retiro. Aprovechó la breve pausa que le ordenó un agente de tránsito para sacar de la guantera su viejo Colt calibre 34 y colocarlo en el bolsillo trasero del pantalón, con las consiguientes dificultades.

Dieron las 10 en el reloj de la Torre de los Ingleses. Las campanadas lo impulsaron por Leandro Alem, buscando a la derecha el letrero luminoso del «Albatros Bar». Sabía que bajo la recova se balanceaba el llamativo pájaro luminoso que guiaba a marinos y noctámbulos.

Lo divisó desde lejos y trató de estacionar el coche en algún sitio oscuro, al amparo de uno de los pilares de la recova. Su viejo automóvil, de carrocería francesa —un auténtico modelo de Kellner, *faux-cabriolet*—, resultaba comprometedor por singularizarse demasiado. De cuatro plazas, nadie podía creerlo tan amplio a simple vista. Más bien parecía de dos asientos. Las personas que viajaban atrás pasaban inadvertidas. Pero en el coche persistía una presunta y remota elegancia, a pesar de que las líneas de la carrocería distaban bastante del gusto aerodinámico.

Al bajar del automóvil, palpó el revólver para experimentar la sensación reconfortante de un objeto inanimado a su disposición. Dos pasos más adelante, y las puertas de resorte del bar espetaron a tres marineros resueltamente borrachos. Tres marineros griegos que se insultaban en seis idiomas. Hassam conocía el griego de los barcos y las tratorías de los puertos italianos. Uno de los marineros amenazó de muerte al menos borracho de los tres porque le reclamaba cien dracmas.

Con el enjambre de voces aguardentosas y de soeces insultos, avanza por entre las mesas, tratando de afinar el oído mientras se aproxima al mostrador y se sienta, mejor dicho, cae en la silla con un peso de plomo colgado de las piernas.

A pesar del murmullo, del rumor y de los gritos repentinos que lanzan los mozos al reclamar las bebidas, puede distinguir las voces del barman. El cajero le resulta el menos expresivo y por lo tanto el más sospechoso. Gente extranjera, desechos de la vieja Europa, turba amontonada, oliente a café y tabaco ordinario.

Tito busca tenazmente una voz, tan sólo una voz en la ruidosa colmena de Buenos Aires. Está seguro de que un día, una noche. O la tarde menos pensada, le saldrá al cruce, pues sus oídos están dispuestos a oírla, preparados para no confundirla con ninguna otra.

Es una voz particularísima de brusco acento nasal, grave y autoritaria, tal vez por su inflexión extranjera. Una voz de mando que emerge de un disco de fono-postal, de un siniestro disco negro que gira en sus pesadillas y en los dilatados insomnios.

Al sentarse, oyó una vez más el anónimo, fatigando una terrible amenaza. La púa recogía el hilo del siniestro mensaje. «¡Gloria!... ¡Sigo en el “Albatros”!... ¡Debes responder a nuestro llamado! Sabes que hay amenaza de muerte... ¡No escaparás!... Ven a verme. Sigo en el “Albatros”... Sigo en el “Albatros”... Sigo en el “Albatros”...».

En sus oídos sonaba la frase como si la púa se hubiese atascado. Tres discos había recibido Gloria en una semana. Y no sabía explicar la posible procedencia. Juraba y perjuraba que nada tenía que ver con aquella voz asomada a su vida con impresionante terquedad. Hassam escuchaba los discos, a veces solo. Cuando Gloria estaba presente él observaba las alteraciones de su rostro. Del disco mágico se alzaba un invisible personaje capaz de trastornar al marido menos celoso. A ella se le demudaba el semblante. «Le tiemblan los músculos de la cara —pensaba Hassam— como si, burlona y sarcástica, contuviese la risa o el llanto. Sus facciones se alteran. Sufre, padece, oculta un drama cuyas raíces están en un pasado tormentoso. ¿Por qué tanta emoción si nada tiene que ver con los anónimos? ¿Acaso teme a alguien?».

Hassam se considera una buena persona y se deja llevar por su natural inclinación a mirar la vida con desinterés. Evoca, entonces, toda su existencia anterior al encuentro con la misteriosa mujer que le acompaña.

El mozo se acerca y le sirve rebosando la medida de estaño. Hassam toma en sus manos la botella y le ruega que calcule la cantidad de *whiskies* que contiene y la deje sobre la mesa para poder servirse a su gusto. Paga la consumición a tiempo que mira la botella con mirada confidencial. Con otra botella en las manos, una de éstas en las que navegan su viaje sin fin los barquichuelos de yeso con mástiles de pino trabajado, contemplando el clásico navío de los presidiarios, lo sorprendió Gloria en la cabina, la víspera del arribo a Madeira.

La botella de *whisky* aviva en ese instante el memorable encuentro. Para entregarse al recuerdo, debe vaciar el contenido y ver de nuevo el minúsculo navío surcar el espacio limitado.

Bebe de un trago el primer vaso. Luego otro. La bebida va dando lugar al imaginario navío.

El oído se aligera con el aguardiente. Esto sólo lo saben los insomnes. Envuelto en la neblina del alcohol, echa a andar su pasado escrutando las palabras desperdigadas en el «Albatros Bar». De un momento a otro surgirá como un fantasma la voz de los anónimos...

CAPÍTULO II

En la línea ecuatorial el invierno se presenta solapado, alevoso. Sale de pronto como un lobo de un cubil.

Hassam recuerda la noche en que una mujer de extraordinaria belleza irrumpió en su cabina sin mediar el golpe de nudillos en la puerta. Se hizo presente como una ráfaga invernal. El viento que acompañaba a la desconocida heló sus manos. La miró, atontado, sin articular palabra, paralizado por su hermosura. Pocas veces en su vida le fue dada la fortuna de contemplar a una mujer de tan armoniosas formas. Su figura, enmarcada en la puerta de tableros que cerró con estrépito, resultaba plásticamente perfecta. Su estampa componía a maravilla contra los maderos de la cabina, la cara de perfil, los cabellos caídos cubriéndole la sien izquierda y parte de la mejilla, el hombro en escorzo, el cuello grácil. Inmovilizada por el miedo o el pudor, le recordaba a las modelos del *atelier* con todos los rigores de la composición:

—Usted puede salvarme, señor —dijo la desconocida con la mirada en el vacío—. Desde la partida de Lisboa he observado el pasaje, oculta en mi camarote, sin ser vista. Es usted el único capaz de comprenderme. Usted parece reacio al trato con el capitán... Él no me permite viajar en paz. Espera mi retribución por ocultarme. Me llamo Gloria, soy francesa, de Blois. Mi origen, alemán. Mi apellido, Liber. Tengo 26 años. He sido modelo de pintores. De Mariano Andreu, de Van Dongen, de Guillaume. Vengo huyendo. Escapé de un trance atroz, del que no puedo hablar. Le ruego que si nos permiten desembarcar en Madeira, me acompañe a tierra.

A medida que hablaba, su rostro iba despejándose, hasta ponerse radiante, cuando una ráfaga de viento marino, como un tajo en el cielo, desgarró las nubes permitiendo el lucimiento de un sol esplendoroso. El limpio raudal entró por el ojo de buey a tiempo que una claridad mental excitaba la imaginación del grabador. Fue un doble relámpago flamígero el que los unió. Hassam contaba días negros, lamentándose el abandono voluntario de una excelente compañera, cierta modelo francesa capaz de soportar la gloria y el infortunio. La abandonó cobardemente en un hotel de Montparnasse. Le faltó coraje para traerla consigo, no supo solucionar con naturalidad el problema sentimental que tantos artistas tenían resuelto. Había dejado escapar la ocasión que no se debe desdeñar, porque aquella muchacha conocía la clave de todos los sueños. Él necesitaba a su lado a un ser que contrariase sus mezquinas costumbres, a un ser lo suficientemente decidido para retorcer el pescuezo al despreciable burgués que a veces mal disimulaba.

Como el balance de su vida sentimental era desastroso, se abandonó al fácil encanto de la desconocida.

El barco cruzaba azotado por el desabrido temporal del mediodía. Esas borrascas con el sol en el cenit, oculto entre nubarrones, que nos toman en plena digestión a la hora más impropia para la prueba marina. Nunca había leído descripciones de tempestades desatadas a las doce del día. Y el navío soportaba en esos momentos el

castigo de un disfrazado viento nocturno, de un viento trasnochado. La espantosa belleza de las tormentas, todas aquellas que se recuerdan a la vejez en tertulias dignas del cine, se produjeron siempre a altas horas de la noche o a la madrugada, como los suicidios, los estupros, los crímenes. Hassam recibió la visita de Gloria Líber a esa hora en que el barco huele a brea, transpira alquitrán y resinas excitados por el calor. La mujer soportaba la luz cenital, corriendo el riesgo de no verse favorecida por las medias tintas. Los vaivenes del temporal inusitado perjudicaban a su belleza. ¡Con qué placer, con qué fruición recordaba su primera entrevista con la Líber!

—Es la única hora que el capitán me deja libre. Su acecho acabará por dañarme —dijo ella en forma dramática y convincente. Un mechón de lacio cabello le cubría la mejilla derecha.

—No piense mal de mí. No soy una aventurera dominada por el capitán de un barco. En mala hora le pedí protección. Juega conmigo a los naipes y me presta libros de su biblioteca. Nada más. Pero impone que viaje escondida. Me amenaza con hacerme bajar en el primer puerto por no sé qué deficiencias en mi pasaporte. Usted puede salvarme. Es el único hombre soltero entre el pasaje de este grasiento *Ville Fleury*. ¿Me puede ayudar? ¿Tiene coraje? ¿Le sobra un poco de valor después de la huida de París? ¿Verdad que daba miedo aquel éxodo bajo la metralla?

La entrevista se perfilaba como un largo monólogo de Gloria. En realidad, Hassam le respondía afirmativamente porque él creía oír a la modelo abandonada en «La Coupole». Aquello que no supo emprender en tierra firme —tierra ardiendo—, lo desdeñado por cobardía, humanizaba su complacencia. Sí, debía ponerse a sus órdenes. Le rogó que esperase un momento. Ordenaría sus maderas, buriles y dibujos y saldrían a pasear juntos por la cubierta, y, si era necesario, enfrentada al capitán del *Ville Fleury*.

Hicieron un primer paseo por el *deck* a la caída de la tarde. Los pasajeros más inquietos se hallaban en la cabina del telegrafista, oyendo los noticiosos que irradiaban Berlín, Londres y Nueva York. Se reunían los desaprensivos del pasaje, simples curiosos, presuntos neutrales o que no temían exponerse a ser juzgados como agentes de espionaje. En cambio, aquellos que viajaban bien pagados por el Servicio Internacional de los países en guerra simulaban olímpica indiferencia, cansancio bélico, incredulidad...

Monsieur Hassam y *mademoiselle* Líber, los cuellos protegidos por espesas bufandas de lana, hablaban acodados a la borda con la mirada fija en el oleaje, siempre distinto, igual siempre. El mar, en ese momento, dominaba al barco. En los cristales se posaba una arena impalpable, de procedencia africana. Soplaría el simún. Al pasarse las manos por la frente, ella notó el salitre y la arenisca que endurecían las hebras de su pelo rubio. Él se lamió los labios, acosado por una sed repentina. Comunicó la sensación y ambos sonrieron mirándose la boca. En ese instante Gloria vio que el capitán del barco se dirigía hacia ellos. Con voz velada y misteriosa se lo advirtió a Hassam. El tono íntimo infundió en el ánimo de él la inequívoca condición

de amante que acababa de otorgarle la extraña pasajera.

Le contestó en voz baja aun, posesionado de su papel.

—Las cartas están tiradas. No se aflija usted. Tranquílese. El resto corre por mi cuenta.

Sí, Gloria estaba tranquila, completamente serena. El capitán, un hombre que frisaba en los cincuenta —nariz pronunciadamente aguileña—, tenía la complexión del marino, pero algo en él lo hacía falso, ambiguo, artificial. El curtido de la piel, la pigmentación de sus mejillas, no eran las del hombre de mar. Las ropas, demasiado elegantes...

Pasó de largo, sin saludarles siquiera, apenas soslayando una hosca mirada de hombre de tierra firme. «Los marinos no miran con esa teatralidad de mesa de tahúres», pensó Hassam.

—¡Qué hombre más raro! ¡Un aguilucho en el mar! —comentó cuando el capitán estuvo lejos—. La guerra, ¿habrá transformado a estos hombres en seres maliciosos, prevenidos? No parece un marino de verdad... ¿A usted no le hace la misma impresión?

Gloria Líber prefería no hablar demasiado del capitán.

—Tal vez... No todos son lobos de mar —contestó en tono burlón.

—Parece un capitán de pega. Usa los galones demasiado brillantes. Y he observado que sube las escaleras en una forma chabona. Es el marino más terrestre que he visto en mi vida.

—¡Oh, no tanto, Tito, usted exagera! ¿Qué quiere que sea? ¿Una especie de Simbad?

—Se ha dejado la barba para disminuir las proporciones de la nariz y adoptar mayor prestancia... ¡Y esa barba es de las crecidas en el sanatorio... o en el presidio!

Entre «sanatorio» y «presidio» hizo una pausa intencionada. Gloria se quedó mirándolo. La sombra de una sospecha cruzó por su imaginación.

—Le interesa demasiado la gente de a bordo —comentó—. Desconfianza o recelo. ¡Vaya uno a saberlo!

Le entretenía saberse confundido, tomado por lo que no era, suscitar sospechas entre la tripulación. Ya estaba acostumbrado a dudar de todo el mundo, a ver espías delante y detrás, a investigar en los desconocidos, a padecer desconcierto a cada paso. En el trance del capitán del *Ville Fleury*, ya se mostraba suspicaz, de puro temperamento deportista.

—No se inquiete usted, Gloria. Me importa tres pepinos lo que haga o deje de hacer, lo que sea o deje de ser ese sujeto disfrazado de capitán o ese capitán que pretende intrigarnos. Esperemos. ¡Verá cómo el lobo de mar se marea!

Rió dando rienda suelta a una franca familiaridad. Ella lanzó una mirada investigadora para desentrañar el rostro tornadizo del grabador. Se le acercó, como si pretendiese leer en sus pupilas. La proximidad de la desconocida le resultaba molesta. Ésta, en voz baja, entre persuasiva y familiar, fue diciéndole por lo bajo:

—¡Qué alivio, Dios mío! Ahora puedo confiar en alguien. He viajado como una delincuente, escapando del camarote a medianoche. Aguardando la salida del sol para esconderme. Creía que todos los pasajeros eran siniestros. Así me lo dio a entender el capitán. Pues ahora, que se guarde su barba venerable. Prefiero recuperar mi profesión de modelo para un artista argentino.

No. No tenía el desparpajo de la aventurera, porque hablaba sin ninguna seguridad con frases entrecortadas, tajeadas de miedo. No pretendía conquistar a un pasajero cualquiera aprovechando la soledad. Tenía un aire huérfano, nada ficticio.

Tito Hassam daba crédito a sus palabras por una razón muy personal. Mientras la mujer hablaba, veía en ella a otra insistente mujer de la misma edad y condición que expresaba idénticas ideas. La confundía con la ausente, aquella tierna francesita de Montparnasse que soñó atravesar el mar, y que el artista Hassam había defraudado exponiéndola a la metralla del invasor. También ella tenía la costumbre de hablar en voz baja con frases cortas y suspiradas deformando las palabras infantilmente, pequeña variante que todavía no se le había ocurrido a la desconocida.

Las huellas del amor incumplido se prolongan hacia el primer ser que nos brinda cariño. Él volvía a padecer la ausencia de las ternuras que le ofreciera la modelo parisiense. Eran esquirlas metidas en su carne como residuos de una explosión.

—Volvamos cada uno a su respectiva cabina —dijo Gloria al separarse.

La conversación se había prolongado. Ambos se sentían humedecidos por la brisa crepuscular, aprendiz del viento nocturno.

—Hace frío, estoy toda húmeda —prosiguió—. Mi cuerpo reclama mantas y calor... ¡Qué lástima! ¡Quizá nunca podamos estar unidos junto al fuego!

Hassam, por toda respuesta, la tomó por el brazo y le preguntó:

—¿Comerá con él?

—No —respondió con firmeza—. Y para ahorrarle a usted el más mínimo disgusto, le prometo cortar relaciones con el capitán. Desde esta tarde —lo miró profundamente— seré su protegida.

—No me tome usted en forma tan paternal, Gloria. Tengo algunos años más que usted, pero...

Sacaron los cálculos. Evidentemente, Tito podía ser su padre.

Ella se tornó pensativa, pero un poco teatrales su actitud y su gesto produjeron una reacción desfavorable en el ánimo de Hassam.

—¿Cómo era su padre?

Ella habló del señor Líber, inventor, fabricante, hombre de empresa, cuya vida resultaba misteriosa desde el comienzo de la guerra, vale decir, desde que empezó a padecer los más atroces vejámenes y las más injustificadas persecuciones, para reincorporarse, de pronto, a la vida normal, sin dar explicaciones, sin la menor queja, sin una sola palabra de censura. Entraba y salía de los campos de concentración en forma sospechosa.

—El sufrimiento de mi padre no se relacionaba con el destino de mi madre. Poco

le importaban nuestras penurias. Usted sabe que ese aspecto de la vida se anula con la fiebre bélica. Mi padre era un inventor y algo más... Guardaba un precioso secreto: podía aprovechar las vibraciones del sonido y transformarlas en energía, en fuerza motriz. Creía revolucionar la mecánica moderna.

Tito Hassam frunció el entrecejo demostrando asombro.

—Sí, era una realidad. Yo he visto funcionar la primera transformadora de energía en el pequeño taller que teníamos en Passy. Mi padre trabajaba al borde de las vías. Cuando se cruzaban dos trenes a un tiempo, el fragor hacía andar el mecanismo veinte minutos. Había contratado el ruido de varias fábricas de París. «La hulla invisible, la hulla invisible», repetía con aire iluminado. Pretendió arrendar el estruendo de un taller metalúrgico, y lo tomaron por loco. Yo sé que su idea no es nada descabellada. Mi padre trabajaba en el invento desde el año catorce. Se le ocurrió la idea al oír el tableteo de las ametralladoras. Pero no quiero..., no puedo hablar más de estas cosas. ¡Por favor, no me deje hablar más! Es un peligro para mí.

Hassam fue prudente. En premio a su discreción, manifestada como si se sintiese ofendido, Gloria le transmitió algunos sutiles entretelones del asunto.

—Mi padre confiaba en mí, tan sólo en mí. Los planos estuvieron en mis manos durante un tiempo. Me daba miedo ser depositaria de tal responsabilidad. Me dijo que sólo se los entregase a la persona que se presentara con este anillo.

Gloria sacó de su cartera un anillo de oro con una calavera cincelada.

—Me entregaron este anillo, les di los planos. Según Laval, unos minutos después el emisario murió carbonizado entre los escombros provocados por una bomba. Todavía veo la escena en todos sus detalles. Era un depósito de vinos. Oleadas de coñac invadían la calle, ríos de licores inflamados. Allí quedaron los planos del invento. Mi padre aseguraba que eran los únicos.

Gloria hizo un silencio lleno de gestos teatrales.

—Dicen que mi padre murió loco en un campo de concentración. Yo estoy segura de que es una mentira su muerte y la del emisario carbonizado. No sé... no sé... ¡No me haga usted hablar más, por favor!

Hassam estaba impresionado. No se atrevía a pronunciar una sola palabra. El oleaje del mar acunaba una frase de la desconocida: «La hulla invisible».

Pero la presencia corporal y rotunda de la espléndida mujer impedía el fantaseo. Estaba demasiado presente, era demasiado real para eludirla. La miró primero en los ojos, luego en los hombros y, por fin, fijó la vista en las manos. «Los dedos parecen garras», —pensó en ese instante—. «Esta mujer es distinta a todas».

—No sé si me persiguen, si alguien está encargado de seguirme. Creen que llevo el invento conmigo. Tomé el primer barco que pude porque hay dinero a mi nombre en un banco de Buenos Aires. Lo he sabido por una carta de mi madre. Y no me pregunte más, absolutamente nada más, porque yo no podré responderle a una sola de sus preguntas.

Y desapareció por el tubo de la escalera que descendía a las cabinas.

Desde aquella tarde, el capitán del *Ville Fleury* vivió aislado en su puente de comando. El segundo capitán dijo que la salud de su superior era delicada. Le excusó en el salón comedor y en la mesa de baraja francesa. Uno de los telegrafistas le dijo a Hassam que el capitán se había afeitado las barbas.

Hasta el arribo a Madeira contados pasajeros alcanzaron a verlo. Algunos, Tito Hassam entre ellos, lo buscaron en los días de tempestad y en el entrevero de conversaciones sobre la conducta desconcertante de los que emigraban de Europa. Al árabe Hassam —a pesar de su nacionalidad argentina, el pasaje lo veía como árabe, lo vigilaba como árabe, lo escuchaba como se oye a un oriental trasplantado que se expresa con la piel oscura de su raza—, el árabe Hassam, grabador, artista plástico, daba particular importancia a los rasgos humanos. Le inquietaba la presencia física del capitán: desde su indumentaria hasta su descomunal nariz aguileña. Un día lo sorprendió de perfil tras los cristales de la cabina. Un rostro extraño —aguilucho disecado, resultaba con las mejillas desprovistas de barba—. Aquélla fue la última vez que vio al capitán. Y ahora lo recordaba vagamente entre las turbonadas del alcohol, en un bar de Buenos Aires.

* * *

Se dejó llevar luego por la corriente de los recuerdos, deteniéndose en los pueriles detalles de su encuentro con la Líber.

Pero el episodio de su casamiento en Madeira le llenaba de gozo. A pesar del riesgo que corrió, era el momento estelar de su existencia. Entre sorbo y sorbo, volvía sobre los pasos perdidos, reconstruyendo el pasado.

Bajaron a tierra. Treparon la montaña y comieron debajo de un toldo anaranjado que más bien acrecentaba la tibieza cuando el sol dejaba caer rápidas pinceladas de calor. Almorzando en una terraza de vecina vegetación lujuriosa, rica en fragancias inéditas. ¡Oh tierra de Madeira, inolvidable, recordada en un bar cargado de voces aguardentosas, de agrios olores entremezclados!

Desde aquella terraza se divisaba la hermosa bahía limpia de embarcaciones con la grasienta presencia del *Ville Fleury* que, inmóvil en la rada, era escamoteado por súbitas nieblas, internándose caprichosamente en el mar o surgiendo de entre las montañas.

A veces, la visibilidad se tornaba dificultosa, como si mirasen a través de un cristal empañado. Las largas pestañas de Gloria recogían diminutas gotas de vapor y era un pretexto feliz para acercarse a su rostro. La charla se hizo confidencial, favorecidos por la atmósfera propicia, libremente expuestos a las influencias climatéricas.

El amor suele irrumpir impetuoso cuando la niebla aísla a las personas colocándolas como entre los bastidores de un vasto escenario de farsa. De pronto, las palabras adquieren categoría sobrenatural, sobre todo cuando el sol esgrime su alfanje y parte en dos las densas nubes, a la par que el ramaje humedecido.

Gloria y Tito se expusieron a los cambios atmosféricos y recibieron su influjo.

Fue en ese trance que el argentino prometió ayudarla, invocando el pabellón de su patria. Se lo comunicó en voz baja, casi en secreto, envolviendo sus palabras en la sordina de la niebla.

Gloria Líber sabía que una mujer soltera tropieza a cada instante con serios inconvenientes. Casada, podía entrar al país de su marido y defender su condición. Ella no se atrevía a insinuar semejante arreglo. Pero al abandonar la terraza del hotel descubrió que alguien los había estado espiando. Unas ramas se agitaban dejando caer la breve llovizna de la huida. Descendieron de la montaña por la pendiente, utilizando un vehículo sin ruedas, tosco trineo tropical.

El *Ville Fleury* permaneció en la rada tres semanas, incomunicado, esperando órdenes para zarpar y sin saber hacia dónde debían dirigirse. En las forzadas vacaciones, Gloria conquistó un nombre. En el Registro Civil de Madeira se puede leer: Gloria Líber, 26, francesa, y Tito Hassam, 42, argentino, contrajeron enlace el 25 de julio de 1942.

Hassam juró solemnemente —un extraño ademán de indudable origen árabe rubricó el pacto—, juró no hacer la más mínima averiguación sobre el pasado de su mujer. Vale decir, en términos contrarios, que desde ese mismo instante viviría obsesionado con el pasado de Gloria Líber, hermosa francesa; al parecer, hija de un inventor alemán; al parecer de 26 años, huérfana, al parecer...

Cuando el *Ville Fleury* enfiló hacia el Sur y ya volaba solitaria la inevitable gaviota ganadora de la maratón marina, Gloria y Tito formaban la pareja más feliz del barco. Tanto, que casi no les importaban las penurias del oscurecimiento obligado ni la dirección que llevaba el navío, ni el puerto al que arribarían. Si escaseaban los alimentos, Hassam dejaba de comer su parte para ofrecérsela a Gloria, y en las tediosas tardes invernales, le enseñaba a dibujar. Gloria se interesaba por la técnica y la destreza de su marido, que en pocos días hizo más de cien apuntes de su cabeza y una docena de xilografías.

Al parecer, ella iba poco a poco enamorándose del árabe argentino que Dios y Alá le habían puesto sobre un barco donde navegaban dudosos refugiados. Casada, legalizados sus pasaportes, dejaban de ser sospechosos. *Madame* Hassam, un nombre redondo, de grave enunciación.

El pasaje, curado de espanto, no reparaba en los signos extraños que generalmente preocupan a los supersticiosos. Los cambios de nombre en la vida del mar tienen profunda significación. Y un capitán que se afeita y desaparece por injustificados motivos sobre un barco que en épocas de paz surcaba los mares con otro nombre, se sumaba a innumerables agorerías. *Ville Fleury* podía leerse en los botes salvavidas. Y todos ignoraban el nombre primitivo. Pero no así la leyenda marina con los riesgos fatídicos que persiguen a las embarcaciones rebautizadas.

CAPÍTULO III

Tito Hassam invirtió quince minutos en recordar el encuentro y disfrutar la evocación de la feliz luna de miel. Pero no por eso se distrajo. En el mostrador, en la trastienda, en la caja registradora del bar, se trenzaban dialectos e idiomas. Pero ninguna de aquellas voces tenía el singular registro del anónimo.

Detrás de una puerta en cuyos cristales todavía se podía leer la palabra «Privado» —más bien «rivado»— se oyó de pronto un grito. Alguien llamaba. El oído de Hassam recibió el impacto de la voz. Se abrió la puerta, y un gordinflón, adiposo y achinado, masculló unas palabras en una entonación catamarqueña digna de ser registrada por algún folklorista.

Aquella voz, sospechosa en un primer momento, desvirtuaba aparentemente toda posibilidad de que en el «Albatros» se confabulasen espías de cualquier calaña.

Vació la botella. Ya no veía en su interior el barquichuelo de yeso, testigo de una amistad funesta.

Fue poco a poco disminuyendo la inclinación de la botella, la colocó en su posición vertical y sobre los peldaños de los seis *whiskies* se alzaron las renovadas ansias por captar la voz obsesionante. Estaba seguro de que en el bar siniestro, en una mesa, en algún rincón, se ocultaba el hombre del pasado de Gloria. «Sigo en el Albatros»... «Sigo en el Albatros»... Sin duda alguna allí esperaba a Gloria desde hacía mucho tiempo.

¿Qué papel representaba Tito Hassam en aquella confusa y ridícula comedia? ¿La del marido conveniente y responsable? Muchas veces sonaba el teléfono de su casa, y al aplicar a su oído el receptor, tan sólo se escuchaban los rumores enervantes que provenían de otro aparato, situado próximo a una ventana abierta al fárrago callejero. El eco de un tranvía, el filo de las ruedas al torcer en los rieles de una curva, bocinas, sirenas. Siempre el invariable murmullo de la metrópoli, como si el importuno que llamaba no se propusiese otra cosa que ofrecerle un afrentoso vacío plagado de ruidos. Cuando él respondía, aguardaban un instante y luego colgaban el tubo. Tito lanzaba una mirada escrutadora sobre su mujer. Ella palidecía.

—Llaman y nadie contesta. Todo esto es muy extraño. ¿Hacen lo mismo cuando oyen tu voz?

Gloria no le respondía. Bajaba la vista, encendía un cigarrillo y levantaba los hombros.

Hassam mantenía penosamente el juramento. Pero llegaron después dos nuevos discos anónimos, cargados de amenazas. Si se trataba de una broma, era demasiado pesada, conociendo algunos antecedentes familiares de Gloria. Él podía pensar que su mujer había pertenecido a alguna asociación secreta, que tal vez formaba parte de una red de espionaje en la que había él caído de la manera más inocente.

Las respuestas de Gloria eran crueles y precisas. Nada sabía. No debían darle importancia a los discos amenazadores. Pero él quería poner término a una existencia

intolerable. Si Gloria era capaz de urdir una trama de finísima malla, si la europea alardeaba de cierta criminal perfección, él, Tito Hassam, ambicionaba otras perfecciones. Estaba seguro de estar capacitado para el gran secreto, para un crimen sin huellas. La coartada había sido preparada con éxito. Veinte, treinta personas lo suponían en el cine. Había que contar los minutos. Nada más. La enigmática mujer pagaría su deuda de misterio. Hassam iba a aclarar de una vez su vida enturbiada por los fantasmas del viejo mundo. Terminaría con el demonio de la guerra y con los piojos del espionaje.

— A estas horas —se dijo Hassam— si Gloria está en su casa, dormirá con el narcótico de algún novelón del siglo pasado. ¡Como siempre!...

Ningún acto resulta tan ofensivo para el marido insomne como el sueño de su mujer logrado por medio de la lectura de un libro desconocido para él.

CAPÍTULO IV

Anduvo por entre las mesas del bar, a tientas, aguzando el oído. La concurrencia se expresaba en alta voz, excitada por una cancionista rubia. Se interponían rostros impenetrables, caras francotas y semblantes tétricos y algún parroquiano entredormido. La misma gente que en mil cafés europeos; los mismos seres con los que se tropezaba en andenes y terrazas de París y Marsella. Traficantes de la guerra, señorones de todas las razas con prerrogativas para viajar; espías dotados de salvoconductos que se permitían mirarlo con recelo hurtándole su ración de sueño.

La clientela del «Albatros Bar» tenía una pavorosa semejanza con aquel mundo trashumante por el que se había abierto camino a codazos. ¿Lo mirarían a él como a un recién llegado? No, en el «Albatros» pululaban los forasteros, y, de tan extraños los unos a los otros, paradójicamente pertenecían a una misma familia. Y ¡qué aires de indiferentes, qué catadura y, a pesar de ello, qué ansias de sentirse unidos tenían los componentes del iluminado mosaico! De cada mesa emergía una garganta, una voz posible, hombruna. Pero ninguna con el timbre inconfundible del anónimo.

Se acercó al cajero a pedir cambio con un billete en la mano. El hombre le pareció sospechoso, pues respondía tan sólo con gestos. Le entregó automáticamente las monedas. El barman le habló en ese momento y la respuesta fue una mirada de soslayo. El cajero no quería perder tiempo con él, hizo un ademán despectivo. Y aquella actitud hostil le indujo a cambiar de mesa, a sentarse cerca de la caja.

Por momentos los aplausos y la gritería ahogaban las voces aisladas. Pero el cajero persistía en su mudez de máquina registradora. Sonaban las fichas, las monedas y los golpes de puño sobre el mostrador.

En aquel bar debía estar el hombre que torturaba. «Sigo en el Albatros»... «Sigo en el Albatros», como si la púa recorriese la misma línea del disco.

Reclamaba la presencia de Gloria con tiránica insistencia. Podía ser alguno de los dueños, alguien que permanecía allí constantemente.

Ya le resultaban familiares las voces de los mozos y empleados. Pero el hombre de la caja continuaba mudo. Un autómatas, a veces con la mirada perdida entre las mesas; otras, fija en un punto determinado, abstraído mientras no requerían sus servicios.

—¿El cajero es español? —preguntó al mozo.

—No, señor...

Y el interrogado siguió su difícil camino de malabarista, con la bandeja en alto, sorteando testas de borrachos.

El cajero lo miró. Sin despegar los labios, con un despectivo golpe de cabeza ordenó a un mozo inactivo que atendiese al cliente. Cuando se acercó a la mesa de Hassam, éste le contestó confundido:

No necesito nada. Gracias.

No tuvo valor para provocar una conversación útil a sus fines.

¿Cómo hacer hablar al extraño sujeto? Entre todos, ninguno le atraía tan particularmente, quizás por el obstinado silencio. Tal vez él lo había reconocido y por tal razón no levantaba la voz. Sí, podía ser el autor de los anónimos. Sus movimientos de autómeta lo hacían sospechoso.

Miró al sujeto en forma desafiante, como suelen mirar los insomnes culpando al prójimo de su padecimiento.

Sostuvo la mirada con ánimo de pendencia y el cajero eludió el encuentro. Pagó la consumición sin apartar la vista. Tras sus gafas ahumadas, con el cabello en desorden, se creyó al margen de sospechas que podían malograr la coartada.

Y salió resueltamente mientras la concurrencia aplaudía a otra cancionista y todos dirigían sus miradas hacia el tabladillo.

Anduvo hasta su automóvil. Al atravesar la recova le pareció que persistían los insultos de los marineros. El insomne posee una memoria enfermiza que se nutre de los hechos minúsculos, imposibilitado de adueñarse de los categóricos o determinantes. En los oídos repercutían los gritos en francés y en griego. Recordaba la sonrisa de un rostro cualquiera; las letras de una gorra; el lápiz bailando en el bolsillo de un uniforme; un tatuaje en un antebrazo; el color de la corbata de un parroquiano que entrara al bar momentos antes; el diario arrugado que cayó junto a las ruedas del coche; el *affiche* de toscanos; el retrato de una máscara suelta de la política.

La escena de los marineros se descomponía en cien pequeños fragmentos. Reconstruyéndola, se dirigió a su coche. Iba a proceder como un hombre en pleno dominio de sus fuerzas. Estaba resuelto.

Nada más enervante que las fallas de un motor en el momento en que el organismo humano está entregado por entero a una idea peligrosa. Si se armonizan el trabajo cerebral y el juego del mecanismo, la sincronización suele ser provechosa.

Tito Hassam confía en esa armonía. Enfiló por la avenida Leandro Alem, en dirección al Barrio Parque. En la primera curva le parece que el coche se inclina levemente hacia la derecha, como si uno de los neumáticos se hubiese desinflado. Chilla un elástico, se queja un muelle. Los insomnes son muy sensibles a las pequeñas alteraciones de las máquinas.

Iba al encuentro de Gloria por última vez. Tres días antes, había recorrido aquel trecho de Buenos Aires con otras intenciones. Intentaba entonces reconciliarse con la enigmática mujer, volverla a la realidad de una tierra de paz donde se disfrutaba la dicha de comer y beber sin los dramáticos trámites del racionamiento. Pero Gloria lo había rechazado, alegando que los celos hacían imposible la convivencia. «Cada uno por su lado», respondió con la frialdad de las mujeres que han dejado de querer. Y sin ofrecerle oportunidades para meras discusiones, abandonó el hogar y se instaló en Barrio Parque. Respecto a los recursos económicos de que disponía para tales decisiones, Tito Hassam recordó que ella le había hablado de unos fondos a su nombre en bancos de Buenos Aires. Habría echado mano a ese dinero para instalarse

cómodamente en un *petit-hotel* y dejarlo de lado. Instalada, y en la Argentina, ya se había cumplido su propósito. Poco le importaba el resto. Tal vez habría vendido el invento de la «hulla invisible» o estaba por entregarlo a alguna potencia extranjera. Él resultaba un impedimento para semejante operación. Asma calculó los millones que había perdido.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, acompañado por una perfecta sincronización con la máquina, se sintió tan lúcido como cualquier banquero en trance de firmar una ventajosa operación. Sí, él no mataba ante la evidencia de verse defraudado o por el inexplicable abandono en que lo había sumido la extranjera o por rencor, como se elimina al socio de un negocio fraudulento. Analizando fríamente su impulso, al final se convenció de que iba a matar por celos y estaba decidido a eliminarla a ella y a su acompañante. Porque Gloria no estaría sola en la casa, por supuesto.

Quien va a matar —repetía mecánicamente— va resuelto a morir. El asesino incubaba al suicida. Se sentía envuelto en el vaivén del plomo homicida. Lo mismo le daba, en aquella noche en que culminaba su desventura, matar a Gloria o ser muerto por ella o perder la vida en manos de un tercero. De cualquier modo estaba seguro de que recuperaría el sueño.

El motor cumplía su función con un ritmo perfecto, casi humano. Su cerebro contaba con regularidad mecánica los minutos, sin que las digresiones sobre el crimen entorpecieran los cálculos. Después, el cine lo acogería con la butaca del *pullman* vacía, pronta a recibirlo con calor de regazo. Conocía perfectamente los alrededores del *petit-hotel*. Le convenía hacer una rápida maniobra y doblar rozando el cordón de la acera.

Cuando divisó la casa pensó que desde el memorable convenio en Madeira no se había separado de Gloria. Y en ese momento, minutos antes de su muerte, volvía a sentirla tan lejana como el primer día. «Cada uno por su lado»... Sí, pero él no se conformaba con romper los discos y apagar la voz anónima. Sonaba la hora de la venganza. Unos minutos más y acabaría con aquel tormento femenino. Se sentía humillado, estafado, traicionado. Cualquiera de los tres términos justificaba su crimen.

Al enfrentar la casa de Gloria, hundió el pedal del freno. El coche patinó en el lodo de la bovedilla.

Bajó rápidamente, el revólver oculto en el bolsillo del saco. Atravesó el pequeño jardín y se introdujo en la casa por la escalera de servicio.

Al pisar en terreno desconocido multiplicó las precauciones. Aguardó un momento, el necesario para que en su pellejo se instalase definitivamente el criminal que todo insomne lleva consigo. Ya el coraje árabe templaba su sangre. Sentíase capaz de repeler cualquier agresión. Podía dar media vuelta y disparar sin asco, como los soldados de las tropas de reconocimiento al inspeccionar las aldeas.

Se estiró hasta alcanzar con las manos una cornisa. El silencio duplicaba sus

fuerzas. De una ventana de guillotina salía un tenue resplandor de lámpara. Al asomarse a través de los cristales se estremeció al ver a Gloria tirada largamente sobre el lecho. En la mesa de luz, cerca del velador, había un ramo de flores. De las manos en reposo, caídas a ambos lados del cuerpo, parecía escapársele un libro voluminoso entreabierto a pocos centímetros de las uñas esmaltadas. Gloria habría quedado dormida leyendo el novelón.

La contempló tiernamente, pero al cabo de un instante no pudo continuar mirándola, porque se interponía entre ella y su mirada el contundente caño del revólver. Había llegado hasta allí para matar. Toda muerte es un apremio. Con un golpe seco hizo estallar el vidrio y simultáneamente le descerrajó tres certeros balazos.

Dando un salto atlético, huyó despavorido. El torbellino de ideas que le acosó fue como jauría de perros. Una sobre todo le mordía los talones: había un hombre en el cuarto. Sí, alcanzó a divisar su sombra deslizándose por el muro. No cabía duda. Él no era capaz de matar a mansalva. Sin aquella inesperada presencia, no se habría atrevido. Tres disparos a boca de jarro que dieron en el pecho. Un crimen brutal, inicuo. Aquel hombre, aquel extraño lo había enceguecido, le había hecho apretar el gatillo.

Mientras atravesaba la calle, miró a uno y otro lado. Momentos antes creyó oír las explosiones del motor de un automóvil. Algún vecino regresaba a su casa.

Esperó que entrase en el garage. Podía haber observado que su coche tenía el motor en marcha. Recuperando la calma, subió al automóvil sin alterar los movimientos, normalmente. Pero al arrancar, las ruedas traseras patinaron. La contrariedad lo exasperó, sobre todo el golpeteo del lodo en la concavidad del guardabarros.

Regresó sin imprimir velocidad a su automóvil. Al correr por la avenida Alvear, fue poco a poco recuperando el pasado bienestar. Volvió a sentirse dominado por el ritmo de la máquina. La máquina, por fin, le reprochó la cobardía de justificar su crimen con la presencia de un hombre en el cuarto de la víctima. Resultaba extraño el resultado de sus relaciones con la mecánica. No, Gloria estaba sola. Pensar lo contrario significaba resucitar el débil hombrecito que un día consintió en casarse, influido por las nieblas y el terror bélico. La sola idea le repugnaba. Debía distraerse con preocupaciones más útiles: la necesidad de eliminar el barro de las ruedas.

* * *

A la vuelta del cine abre sus fauces húmedas el garage Tropical. Allí dejó el coche, ordenando que lo lavaran.

—Quiero tenerlo listo a la salida del cine —dijo al detenerse en la playa de los lavadores.

Y salió apresuradamente, calzándose los anteojos ahumados. Renqueó al subir las escaleras del cine. Nadie lo vio entrar. En el *hall* reinaba la mayor tranquilidad, esa

modorra de rumiante entredormido que se observa en los vestíbulos de los cines cuando el «suspenso» amordaza al público.

«¡Qué muelles más dóciles los de las butacas del *pullman!*», pensó al repantigarse.

El acomodador se hallaba distraído en la acción de la película. Estrenaban un film policial.

El asesino se llevó las manos a las mejillas. De los dedos se desprendía un inconfundible tufillo de pólvora, un tufo criminal. Aquel olor le trajo a la memoria recuerdos de la infancia, de las cacerías por el campo, acompañando a su padre, que tiraba a las perdices al vuelo. Se dejó llevar por pensamientos tiernos que aliviaron su conciencia de delincuente.

No entendía una palabra del film, ni le importaba el diálogo de los actores, porque sus oídos continuaban al servicio de la torturante búsqueda de una voz entre todas las voces de la urbe. Un vecino de butaca comentó la película, y su atención se afinó para captar el timbre de voz. Podía, hallarse a sus espaldas el culpable de su desventura.

De pronto, cuando el interés de la película se encabritaba como un caballo arisco, en la pantalla rebotó una voz, una voz conocida, grave, cavernosa, de timbre familiar... Una voz que más bien parecía salir de sus oídos. Al principio no se dio cuenta y era, sin embargo, la voz perseguida. Pero ¿quién la gritaba? ¿Quién hablaba con aquel acento inconfundible de disco de fonopostal?

Se irguió en su asiento a tiempo que otros espectadores también lo hacían, movidos por el interés de la trama. El epílogo del film arrancaba manifestaciones de curiosidad. Se trataba de una multitud apeñuscada a la salida de un *match* de box. De allí brotaba la voz que lo mantenía desvelado. Aguardentosa, cavernosa, obsesionante. Entre las sombras de una muchedumbre que vitoreaba a un ídolo, alguien gritaba:

—¡Bravo, así se gana un campeonato!

—¡Ésos son puños! ¡Aprendan!

—No hay quien pegue más fuerte.

Alguno de aquellos energúmenos, en la apoteosis de una película policial, gritaba con la voz buscada.

La música ramplona que acompaña a la palabra FIN cubrió el último grito sin que Asma pudiese distinguir el rostro del que lo emitía.

CAPÍTULO V

En el garage, los lavadores se burlaron del minucioso propietario. El encargado, un español cachazudo, luego de rodear el automóvil observando su estado, ordenó al lavador:

—¡Oye, chaval, pásale una gamuza con querosén y quítale el barro de las ruedas y santas pascuas!

Se detuvo caviloso. Algo inexplicable le atraía. No eran las líneas arbitrarias de la carrocería francesa. Ni el color de la pintura, pasado de moda. Ni los grandes faros Marshall, en un tiempo sorprendentes por su tamaño. No eran los artefactos excepcionales a fuerza de anticuados los que movían su curiosidad. El coche irradiaba una rara atracción. Tal vez la cigüeña del tradicional motor Hispano-Suiza que plegaba sus alas en el tapón del radiador. Quizás ese aire señorial de los vehículos europeos, especie de literas, con sus breves ventanillas de visibilidad avara. O el aire de intimidad del estilo francés, en materia de carrocerías.

El encargado del garage giraba en torno del vehículo como se suele dar vueltas alrededor de los coches de los salones de exposición. Se alejaba unos pasos y volvía a contemplarlo.

La sospecha dirigía sus pasos. Aquel automóvil emanaba una fuerza extraña. Palpó los cojines del volante, comprobando que el conductor había dejado en el asiento el calor particularísimo de ciertos enfermos. Los objetos suelen oficiar de celosos testigos. El automóvil que provoca una catástrofe o que derriba al peatón desprevenido, se distingue de los demás por un «algo» que lo hace siniestro. Así la pasiva alfombra con una mancha de sangre que por la huella nos resulta espectral.

* * *

A la salida del cine, Tito Hassam bajó las escaleras dejándose arrastrar por la muchedumbre empachada de celuloide. Llevaba el paso forzado del espectador que desea salir cuanto antes del atolladero.

Desde lo alto aspiró una bocanada de relente nocturno con la voracidad de los insomnes. Pero no bien su persona física se satisfacía, entrevió la rígida presencia de la autoridad. Tres agentes estiraban los pescuezos consultando al encargado del garage, que miraba y daba pequeños saltos para descubrir entre el público al dueño del coche.

Tito Hassam sintió como un derrumbe estrepitoso en su interior. Todo terminaba en pocos segundos. De nada servía la coartada ni su reciente descubrimiento. Allí estaban los que, por fin, y para siempre, habrían de curarle del insomnio.

Se le acercó uno de los uniformados:

—¿Quiere hacer el favor de acompañarnos, señor? —preguntó el oficial de policía con repugnante cortesía.

Tito Hassam no le contestó. Sentíase demasiado culpable y perdido para caer en

protestas inútiles. Se condujo como un profesional del delito, como torpe reincidente atrapado. Desde aquel instante ya era el asesino, cuyo único y vano atenuante era el pertenecer al mundo iluminado de los insomnes. Sus largas vigilias desembocarían en una, celda.

—Suba usted —le dijo el oficial. Y le abrió la portezuela, del coche, que arrancó velozmente. A su derecha viajaba el encargado del garage, al que no reconoció en el primer momento. Lo observó extrañado. Lo veía como bajo del agua. Le recordaba a alguien, entrevisto en circunstancias muy particulares, pero nada más. ¿Acaso se trataba del denunciante, de un testigo de su crimen, tal vez del trasnochador que le había seguido desde Barrio Parque? Lo distrajo, momentáneamente, la rígida presencia de los uniformes, enfriados en ese cuarto de hora del «procedimiento». Se dirigían a la comisaría. A medida que se acercaban, aparecían menos amistosos, más inhumanos.

Hassam miró al denunciante con toda la ira de que era capaz. Viajaba en el asiento delantero, a la izquierda del oficial que conducía. A su derecha tenía a otro uniformado, quien no acababa de instalarse como era debido. Viajaba asomado a la ventanilla.

Hassam pensó que una leve señal de protesta produciría buen efecto:

—Pero ¿qué pasa? ¿Puede saberse qué pasa? —preguntó aparentando serenidad—. No he protestado en ningún momento y me creo en el derecho de preguntar por qué se me priva de mi libertad, por qué voy detenido.

—En el interior de su automóvil han encontrado muerto a un marinero. Ahora vamos a tomarle declaración. Después veremos lo que ordena la superioridad.

Hassam enmudeció. El aire que entraba por la ventanilla despejaba su cabeza. Corría la brisa platense que los álamos de la costanera abanicaban a medianoche. Esa misma brisa, en amaneceres amargos, lo había restituido al borde de la vida, alejándolo de las ideas suicidas que, elaboración tras elaboración, en el trasegar del insomnio, se habían transformado en pensamientos luctuosos y criminales.

Pero la brisa siempre favorece a los mortales. Todo lo que el viento maldito irrita o enerva al insomne, lo apacigua la brisa. Acariciado por el mismo aire de otras noches de tribulación, entró en la comisaría.

Una idea extraordinaria germinaba bajo el hueso cesáreo de su frente. La sentía caliente bajo el frontal. Iba a ser su salvación.

A pesar de la aparente urgencia, en la comisaría no parecían muy apurados.

Hassam suponía que se había constituido algo así como un tribunal, pronto a acribillarlo a preguntas. Y en la seccional reinaba un sosiego espeso, torvo, como en acecho de delincuentes. Una densa atmósfera de pánico y celos le sale al paso hasta al pobre diablo que entra con la intención de certificar su domicilio o simplemente interesado en denunciar el robo de un traje con dos pantalones. No obstante la certeza de que no todo es trámite delictuoso, en el recinto policial se advertían amenazas veladas como si la celda estuviese entreabierta y alguien lo pudiese empujar dentro,

sin oír sus protestas. Aun los que se ofrecen a colaborar con la policía o el que va a recuperar el reloj de oro que le fue sustraído por el criado indelicado, experimentan en la piel la proximidad del rigor.

Tito Hassam había concurrido una vez a esa misma seccional a declarar en un altercado entre armenios de la calle 25 de Mayo. Ahora, en calidad de detenido, le parecieron más patibularios los tres sujetos, tres vecinos que esperaban de pie en el patio de la comisaría. Prefería observarlos detenidamente para grabarlos en su memoria.

Eran tres rostros «criminalizados» por el ambiente. Mientras aguardaba su turno para ser interrogado, aquellos desconocidos pusieron fin a su bochorno. Un oficial los despidió secamente. A pesar del aire de perdonavidas, los sujetos «tenebrosos», buenos vecinos y padres de familia, recuperaron su categoría de seres humanos. Tres toques de timbre les franquearon el paso. Hassam ambicionaba para sí un solo toque, un timbre mágico, y la calle, la calle ancha, con cientos de hoteles donde encontrar una cama mullida, sábanas blancas y el sueño, el sueño recuperado después de una noche tan llena de emociones.

* * *

El garagista, que Hassam creyó en el primer momento que era un vecino del Barrio Parque, estaba apoyado a una reja de la comisaría y por su cara más parecía estar tras de los barrotes de hierro que en pleno goce de su libertad. Tenía las facciones alteradas, desfigurado el rostro. La barba le crecía a ojos vistas.

Hassam, convencido de que aquel intruso iba a trastornar sus minuciosos planes, sintió nuevos y extraños deseos de matar, pero una rabiosa inclinación al asesinato que no había experimentado anteriormente. Padeció los dictados de la venganza, conoció la voz del otro criminal que residía en él. Matar por pasión, por una mujer, por la recuperación del sueño, se le ocurría justificable. Pero rechazaba, por repugnante, la idea de matar a un desconocido.

Aplacado el pensamiento de venganza, se acercó al garagista, al que reconoció al asociar su rostro al ruido inconfundible de los zuecos de los lavadores. Oyó el característico chapaleo en el piso del garage. Reconocido como tal, aguardó su palabra luego de un gesto interrogante.

—Imagínese mi sorpresa, señor —le dijo el garagista, en un español de Madrid y con una mirada de buena persona—. Imagínese mi sorpresa al abrir la portezuela y encontrar al marinero tirado en el piso del coche. Golpeó la cabeza sobre el estribo. ¡Estaba muerto! ¡Casi me caigo redondo de susto! Yo no sé cómo usted no se dio cuenta mientras anduvo por ahí...

Hassam no salía de su asombro. «Un marinero — muerto — en — el — interior — de — mi — coche —... Pero... ¿cómo? Sí... —pensaba con dificultad—. ¡Sí, claro... claro! ¡Aquellos... marineros!».

El garagista lo observaba impávido, extrañado de que el dueño del automóvil no

manifestase alguna sorpresa.

—Desde que usted entró en el garage, yo me dije: este automóvil trae algo raro... ¡Y mire lo que son las cosas!... Yo daba vueltas en torno del Hispano, ¿sabe usted?, y no podía apartarme del coche. Para mí... No sé cómo explicarme; había algo misterioso, como si el coche viniese del otro mundo. Venía, por lo visto, del campo, porque traía barro en las ruedas. Deduje que venía de las afueras, del campo...

Hassam lo cortó:

—¡No! No salí de Buenos Aires. Había barro en la calle Córdoba, en el trecho de las demoliciones. —Empezaba a inventar con éxito y esto le indujo a continuar—. Anduve por el Paseo Colón. En el «Albatros Bar». Me aburrí y resolví venir al cine. Como tenía tiempo, mandé lavar el coche. Me gusta tenerlo bien limpio. Ya en otras oportunidades hice lo mismo...

—Sí —contestó el garagista, que no salía de su estupor al comprobar la escasa importancia que su cliente daba al macabro hallazgo—. Sí, recuerdo haberlo visto alguna vez.

—¡Muchas, muchas veces! —gritó Hassam, tratando de convencerlo, de excitar la memoria del garagista.

—Sí, pero ¿qué me dice usted del cadáver? Eso le traerá trastornos, señor. Parece que no se da cuenta usted del lío en que lo han metido... No es broma... ¡Nada menos que un cadáver!... Ya sé de una señora, ¿sabe usted?, a la que le pusieron en el coche el cuerpo de un niño estrangulado. La tuvieron a saltos a la pobre. ¡Por una inocente criatura estrangulada! Calcule en su caso, señor... Piense en lo que va a decir, porque puede verse envuelto en algo muy desagradable. Yo, en su lugar...

Tentaba el consejo cuando el comisario inspector salió de su despacho amonestando al oficial de guardia. Se había cometido una irregularidad en el procedimiento al permitir que ambos se comunicaran. ¿Cómo no se los tenía separados? Era una imprudencia notoria. Que hicieran pasar primero al garagista y luego al dueño del auto, al portador del cadáver. El juez objetaría la formación del cuerpo del delito, iniciado con un error garrafal.

Cuando terminó el interrogatorio del garagista —un cuarto de hora angustioso para el asesino— éste ya había planeado las respuestas. Pero al pisar el despacho pensó que el suyo quizás tomase un rumbo imprevisto, porque el piso de las comisarías no está cubierto de alfombras mullidas como el de los *halls* de los cines elegantes. El suelo duro (Hassam odiaba el linóleo y como toda persona de origen oriental era sensible a los tapices), el piso duro, hostil, lo sacó de quicio. Rebotaban las botas de los agentes.

El garagista protestó. No consideraba necesaria su permanencia en la comisaría. Se sentía molesto, codeándose con maleantes de la última hornada.

—¿No le parece a usted? —Se dirigió a un sargento gordo que respiraba con dificultad—. A mi cliente le meten un cadáver en el coche y me detienen a mí, porque denuncié el caso. ¡No hay derecho!

Se oyó la voz del oficial primero.

—Sargento... Haga pasar a ese señor a la sala número 2.

Señaló al garagista. El sargento intentó tomarlo del brazo. El español lo esquivó, con dignidad hispana. Suponía un nuevo interrogatorio. Pero no fue así. Le ofrecieron una silla en el rincón aislado de una salita. No se atrevía a levantar la voz. Apenas la mirada. Recorrió los dibujos del empapelado hasta aprenderse de memoria la trayectoria de las orlas. Detuvo la mirada en un almanaque cuya hoja indicaba una fecha remota.

Habían transcurrido diez minutos, de esos que en las comisarías se estiran y parecen horas, cuando entró en el cuarto un detective alto, fornido y muy moreno. Le ofreció un cigarrillo que el garagista rechazó.

—Decime, che... Al entrar al garage ¿el propio dueño del coche maniobró pa colocarlo en el lavadero?

El detective presumía de criollo y chabacano. Momentos antes, respondió al apodo «Morocho», cuando lo llamó un oficial.

—Pues verá usted —respondió el garagista tomándose tiempo ya que su declaración parecía adquirir de nuevo importancia en el cuerpo del delito—. Verá usted... Ese señor entró en mi local efectivamente... un poco apresurado, ¿sabe usted? Frenó, de golpe, casi encima del lavadero. Maniobró..., ¿cómo le diría?, con alguna inseguridad... más bien dicho, con imprudencia. Claro, el coche es de un modelo antiguo. Los frenos funcionan sin precisión... Creo que estaba algo nervioso, tenía prisa por llegar al cine... Ya debía de faltar una media hora para terminar.

—¿Es un cine continuado, che? ¿De actualidá? —preguntó el «Morocho», sin demostrar mucho interés por la respuesta del garagista.

—Yo no sé, señor, jamás voy al cine... —hizo una pausa—. La verdad es que no pude separarme del Hispano hasta el momento de tropezar con el cuerpo del marinero. ¡Qué quiere usted! Algo me impedía alejarme. ¿Quién puede asegurar que el infeliz no estaba aún con vida y pedía auxilio? La verdad es que no pude separarme del coche. Algo me atraía, como usted lo oye...

El detective lo miró un instante y tomando una rápida determinación se metió en el despacho del subcomisario dejando la puerta entreabierta, al parecer exprofeso.

El garagista pudo escuchar la historia de aquella noche en boca del dueño del Hispano-Suiza.

Cuando entró el pesquisa avaro de plurales, ya había agotado las averiguaciones concernientes al estado civil del sujeto, medios de vida, etcétera.

El garagista distinguió la voz de Hassam un tanto alterada, pero sin mayor vehemencia.

—No, señor, no ha sido precisamente en esa forma. No, no he hablado de tal cosa. Hay una variante...

El comisario inspector lo cortó:

—Pero si usted mismo acaba de decirlo. Aquí no estamos para perder el tiempo

en detalles. ¡Vamos al grano, amigo! Usted ha dicho que los tres marineros se trabaron en lucha, ¿no es así? Que usted intervino y ayudó al más débil, ¿estamos?

Hassam inclinaba la cabeza con ademán afirmativo.

—No precisamente al más débil, no. Ayudé al que atacaban los otros dos, como es natural —replicó tratando de darse tiempo para ordenar sus ideas.

—El más débil, en aquella ocasión..., de acuerdo.

El comisario ya no lo trataba con la afabilidad del primer momento, porque el detective que entrara apresurado (Hassam lo veía reflejado en el cristal del escritorio) le había hecho una seña. Prosiguió el comisario:

—Su intervención en el hecho fue rápida, entendido. ¿Pero no se le ocurrió pensar que la pelea podía terminar trágicamente?

Simuló no entender el sentido de la pregunta.

—Sé poco de peleas entre marineros borrachos, señor —respondió con dignidad.

—Me parece que se contesta al señor inspector sin guardar la forma —se interpuso el detective—. ¡Cuidau con lo que decí! ¡No embaruyarla, viejo!

Se hizo un silencio molesto. El comisario prosiguió.

—Al intervenir, ¿habló usted en español?

Tito Hassam meditó la respuesta:

—No, señor comisario. Los marineros eran griegos. Hablé un poco en griego. Pero los insultos se los cruzaban en francés.

—Dice que usted protegió al que atacaban los restantes. ¿La víctima le pidió ayuda?

—He dicho que no. Me dio lástima verle acosado y lo defendí... Pero...

Dejó aquel *pero* flotando en el aire, a fin de provocar otra pregunta que le sirviese de punto de apoyo.

—Pero ¿qué?

No era precisamente lo que esperaba. Debía seguir inventando. Los argumentos que se le ocurrían resultaban insuficientes al darles forma.

—Vea, señor comisario... Yo quise ayudarlo, pero el amor propio del marinero lo echó todo a perder. Se largó a insultarme. ¿Usted cree que puede haber interpretado mal mi ayuda?

La pregunta resultaba fuera de lugar. Tanto, que el pesquisa tomó la palabra para responderle con una voz grave y hablando pausadamente:

—El marinero taba borracho. Uno se puede meter con un borracho y palpar la cosa. ¿Tá claro? Si el marinero le metía leña a su compañero, alguno la ligaba... ¿Tá claro? Pero esto no interesa al señor comisario. Queremos saber por qué apareció muerto dentro del coche y usted sin percatarse... Porque no le creemo un tipo capaz de circular por las calle con un cadáver en la trasera. ¿Tá claro?

—Por supuesto, ¡no lo hubiese hecho jamás! Pero no olvide que yo tuve que darle una buena trompada para evitar que él me la diese a mí...

—¡Ah, ah!... ¡Ése es otro cantar! —exclamó el comisario inspector—. De manera

que usted le... pegó... ¿eh? —Largó una inteligente mirada al «Morocho».

—Por supuesto. Al apartarlo, le pegué.

—Entonces, ¿cómo pretendió que el marinero reconociese su ayuda? ¡Bonita manera de ayudarlo!

—En tales trances, varían los sentimientos; en bien pocos segundos. Cuando lo ayudé, como le digo, reaccionó al amor propio del marinero, y el puñetazo que le apliqué fue para volverlo a la razón.

—Un golpe mortal.

—¿Cómo mortal?

—Por supuesto. Si ha muerto a consecuencia de la trompada, el golpe fue mortal.

—Pudo morir de un síncope —arguyó Hassam—. Yo lo dejé con vida. Desmayado, pero con vida.

El «Morocho» se adelantó y, situado a la izquierda del comisario, le espetó esta pregunta:

—¿Y cómo se metió el marinero en el coche? ¿Gatiando?

El asesino puso su cara en blanco. Una cara de tonto, rostro que había ensayado otras veces en las torturantes investigaciones para desentrañar el pasado de Gloria.

—¿Usted lo metió en el coche? —preguntó el comisario.

—Así es —respondió con aplomo—. Lo metí en el coche para que durmiese la mona. ¡Sencillamente! Pensé que mientras yo tomaba unas copas en el «Albatros», él iría reponiéndose de la borrachera y de la trompada que me vi obligado a aplicarle. Cuando regresé, no estaba en el coche... Mejor dicho. —El acusado titubeaba ex profeso, pero asimismo no podía disimular su incertidumbre—, mejor dicho... no lo vi. ¿Quién podía suponerlo?

Se hizo una pausa extraña. Por fin el comisario, bajando la vista sobre unos papeles en desorden, habló con naturalidad:

—El cuerpo presenta una puñalada en el corazón. —Levantó la vista para semblantar el efecto que le producía al asesino—. Además —prosiguió— entre las ropas apareció un tubo de metal... Se supone que contiene cocaína. ¡Ya veremos que dice el juez de todo esto!

Hassam, a pesar de la excitación nerviosa, sintió una oleada de sueño que le golpeó en las sienes. Dio muestras de abatimiento. Los policías se miraron interrogándose mutuamente.

—Dígame —preguntó el detective—, ¿por qué se metió en el cine casi al final de la función?

—Para dar tiempo a que me lavasen el coche —respondió rápidamente para disimular la falla imprevista—. Eso lo hago muy a menudo. Claro, que si hubiese sabido que mi mediación en la pelea iba a tener estas consecuencias..., es decir..., que si me hubiese enterado de la muerte del marinero... no habría ido al cine, por supuesto... —Se mostró nervioso, impaciente—. Mi intervención fue tal cual la cuento. No agrego ni quito coma. Cuando entremos en el trámite judicial, mi abogado

le explicará otros detalles.

En ese momento nadie le prestaba oídos porque una cuarta persona irrumpió en la sala, previa una nerviosa solicitud de venia. Un oficial, de enérgica presencia, se acercó al comisario y en voz muy baja le dijo algunas palabras que resultaron terminantes. El oyente cambió de expresión. Miró al asesino piadosamente, con esa lástima que se refleja en nuestra cara cuando una persona nos hace perder el tiempo y no podemos condenarla. El «Morocho», en cambio, al enterarse del informe del oficial, levantó la cabeza como un caballo que relincha. Se acomodó el cuello y dejó caer sus ojos implacables sobre la derrotada figura del asesino.

La información llegada a última hora cambiaba completamente la faz del careo.

Hassam seguía monologando:

—¡No sé declarar otra cosa! Ha sido una infeliz intervención con mal resultado para mí. Me vi obligado a emplear medios violentos. Como consecuencia: un cadáver en mi coche que bien puede ser de otro marinero y no del que castigué. Podría resultar de un desconocido, al que no he visto jamás.

El comisario golpeaba con la pluma de un lapicero de metal en el borde de un cajón entreabierto. Repetía parsimonioso esos «¡bueno, buenoooo..., buenoooooooo!» que se colocan entre las pausas del que desvaría, como paragolpes para evitar el choque de ideas encontradas o dar por terminado el monólogo. Se miraron detective y comisario con una franca sonrisa burlona.

—¡Bueno, bueno! —terminó el segundo—. Quedará usted en calidad de detenido, y por la declaración que acaba de hacer, a disposición del juez.

El detective, ante la torpe actitud del acusado, con aire zumbón le preguntó a boca de jarro:

—¿Le gustan mucho las películas policiales? ¿Va muy seguido al cine? ¿Va?

—A menudo. —Una dignidad forzada lo hacia cómico—. Pero no tengo preferencia por los films policiales, no vaya a creerlo.

A Tito Hassam le pareció agravante el tono familiar del policía. Le molestó que se le tratase con indiferencia como si lo que acababa de contar, de pronto, hubiese perdido toda importancia, dejando de ser como él lo creía, algo sensacional. Le había dado caracteres novelescos y resultarían malogrados no bien el oficial entrara a hablar en secreto. ¿Cómo podían restarle importancia al protagonista del extraño episodio de un cadáver paseado por las calles? ¿Qué datos les transmitió el oficial? ¿Cuál era la última versión del episodio de los marineros?

—Lo que no entiendo —dijo Hassam tratando de despejar el trance— es qué tiene que ver el contrabando de cocaína con la pelea. Yo no sé nada con respecto a los estupefacientes... Yo les juro que...

—Se estudiarán sus antecedentes —dijo en forma cortante el comisario, poniéndose de pie.

El asesino protestó una y otra vez: «Con el contrabando yo no tengo nada que ver»... mientras se le señalaba un largo corredor.

Al alejarse de los policías comprendió que su primera coartada era mezquina, insignificante, indigna de una imaginación como la suya. Se desvanecía precipitadamente. Ya no la necesitaba. Coartada de verdad, magnífica coartada, era la de adjudicarse un crimen que no había cometido para despistar el que en realidad cometiera. Ya su abogado se encargaría de demostrar que se trataba de un crimen por imprudencia. Pero la muerte de Gloria Líber permanecería en el misterio porque toda su actuación nocturna quedaba centralizada en el espectacular episodio de una gresca de marineros y la aparición de un cadáver en su coche. En un barrio diametralmente opuesto al suyo, el cuerpo de su exmujer, con tres plomos en las entrañas, sería objeto de una investigación totalmente distinta.

La turbadora Gloria Líber, extranjera quizás con malos antecedentes en su país natal —ojalá los consiguiesen comprometedores—, en adelante sería nada más que el recuerdo de un encuentro fugaz, una de las tantas jugarretas del azar endemoniado.

* * *

Cuando los pasos del asesino se apagaron en el largo corredor, el comisario y el detective se miraron desconcertados. Por fin, el primero rompió el silencio:

—¿Qué me dice? Éste no tiene nada que ver con la muerte del marinero. Apenas si ha sido testigo de una parte de la pelea.

El «Morocho» se rascaba la nuca porque esto suelen hacerlo los detectives más avisados cuando el superior expone sus dudas.

—Sospecho que algo tiene que ver con la droga. Ahí debe estar la madre del borrego. La droga... la droga... —Y salió, preocupado, a tomar aire.

Entró un meritorio con prontuario y ficheros. El legajo de Tito Hassam era escaso. El comisario no compartía las sospechas del detective.

—¿Valdría la pena —se preguntaba—, someter al detenido a consideración del juez? ¿Se trataba de un simple mentiroso, de uno de esos sujetos con manía de figuración, siempre resueltos a figurar como testigos, a adjudicarse las primicias de los altercados? ¿O era un alterado mental, un insomne cargante?

Sí, era un pobre diablo mal dormido, un desecho del fragor de Buenos Aires. Cayó redondo en el camastro de la celda. Se durmió en un santiamén como un ser sin remordimientos, intoxicado de cinematógrafo. Una víctima de la balumba callejera, obsesionado por figurar a cualquier precio. Testigo circunstancial, mero testigo, un simple espectador, en suma, de cierta pelea entre gente del bajo fondo, convertido en protagonista por obra de la casualidad. Los policías arribaron a tales conclusiones cuando llegó la noticia de la confesión de uno de los marineros, dándose por aclarado el enigma. La intervención obstinada de Tito Hassam no infundía sospechas. Era frecuente topar con maniáticos de esa especie.

* * *

Al despertar el alba, se despertó con los gritos de un vendedor ambulante.

Amaneció con la mirada diáfana, despejado, alegre. Sonreía como los seres inocentes. El subcomisario, al atravesar el patio, le dispensó una mirada amistosa. El cielo estaba azul. Corría una libertadora brisa de un extremo al otro de la comisaría. Desfilaba gente limpia, recién afeitada, con ganas de trabajar. Los guardianes —cosa increíble— no ignoraban que la mañana es la doncella de la tierra y que se asoma virgen hasta las más recónditas celdas.

Tito Hassam, a pesar de los pelos que endurecían su mentón, se veía rozagante. La cama dura a menudo resulta saludable, máxime si al despertar, como suele suceder, un sargento en mangas de camisa nos estira el brazo preguntándonos: «¿Gusta un amargo?».

Esto pone de buen talante a cualquier mortal. Sienta «verdear» en la mañana rosada, a la sombra de unos barrotes que entre sorbo y sorbo del mate se tornan flexibles como tallos de caña.

Un reposo reparador, pensaba él, un feliz sueño en la primera noche del crimen.

—Que le tomen los datos y le den salida —ordenó el subcomisario.

El asesino quería recuperar la libertad para precipitarse sobre los diarios y leer las crónicas de su crimen.

CAPÍTULO VI

A la vuelta de la comisaría, en un bar honrado por la costumbre y el vicio de los detectives, el «Morocho» dobló muy prolijamente el diario de la tarde, y con un cafecito por delante, estudió los candidatos para el próximo domingo en Palermo.

Pero la búsqueda no le distraía del todo. El asunto de los marineros lo tenía con sangre en el ojo. Le resultaba sospechosa la terquedad de Tito Hassam en aparecer implicado en el lío de los contrabandistas.

—Se ligó el fiambre... Eso está claro —pensaba mientras leía los comentarios sobre la primera carrera—. Está claro, tenía gana de *figurarla*.

Pasó por alto las fijas de los cronistas. Preocupado por la intriga del testigo falso, las *performances* de los caballos le tenían sin cuidado. Seguía haciendo conjeturas. «En lugar de entrarle miedo... El turco... (para el “Morocho”, Hassam era turco), el turco se pasea con “el fiambre”... en el auto... Claro, puede ser que no lo haya visto... Sin embargo, un muerto...».

Se sucedían las conjeturas, pero poco a poco iban ganando terreno los nombres de los candidatos. La redoblona empezaba a colocarse en primer plano, desvanecidas las sospechas del oficio. Y, como inspirado por la fortuna, le pidió al dueño del bar que le pasara una redoblona, hecha como en sueños. Apostó 3 y 2, en la primera carrera, al número 6, un potrillo de nombre *Mar Muerto*. En la segunda, todo ganador a la potranca *Cacatúa*, y en la quinta, al 9, un debutante de nombre *Emisario*.

Pasada la redoblona, se encaminó a la seccional para conversar sobre el asunto de los marineros.

El subcomisario compartió las dudas del detective. Algo ocultaba el empecinado sujeto de la noche anterior.

—¿No saben si estuvo en vela o se acostó a dormir? —preguntó el «Morocho».

—Según el sargento, durmió de un tirón toda la noche, boca arriba y sin largar una sola palabra. ¡Es un pobre diablo!

—Tengo un pálpito... Lo voy a seguir, no bien lo largue... Hasta luego.

Y salió silbando «La Cumparsita».

Tito Hassam había soñado como de costumbre. Pero esa noche, sin duda por hallarse en una celda, a cubierto de asechanzas, no compartió el sueño con fantasmas. Al despertar se puso a analizar los tramos de sus pesadillas con severo método. Como de costumbre, se explicaba sus andanzas por el mundo de los sueños. Esta particularidad le hacía apacible la vigilia. Se explicaba los absurdos de su magín nocturno, a la inversa del pesquisante, que sin saberlo había apostado a tres caballos porque sus nombres respectivos respondían a hechos reales que él vivía como en sueños. Apostó a *Mar Muerto* por los marineros; a la potranca *Cacatúa* porque el garage se llamaba *Tropical*, y por el nombre del cine, a *Emisario*.

El sueño de Tito Hassam en su primera noche de delincuente, por esos inexplicables contrastes con la realidad, resultó de los más plácidos de su vida. Había

visto, sumergido en el agua cristalina de un río, un vívido jardín de amapolas. (*Las flores entrevistadas en el cuarto de Gloria*). Tan hermosa le resultaba la visión que corrió a su casa —volvió a ser un niño de diez años— a invitar a sus tíos, ya muertos, a que se asomaran a ver el maravilloso jardín sumergido. ¡Qué colores! ¡Qué agua cristalina!

Pero desde su departamento en la calle Tres Sargentos no se podía ver el río. Entonces corrió a casa de una hermana de su padre que vivía calle por medio, para pedirle que abriese las ventanas y facilitase la vista al río. (*¡El cristal roto de la banderola, las demoliciones de la calle Córdoba, vecinas al «Albatros Bar»!*).

Ellos no alcanzaban a ver el raro jardín acuático. Todos reunidos le gritaban que era un embustero. (*¡La mentira de su intervención en la pelea nocturna!*).

El niño Tito insistía. Había visto el vasto campo de amapolas rojas, negras, amarillas. Sí, que se asomasen a gozar de su descubrimiento. Uno de sus tíos, nacido en Armenia, le dio vuelta la cara y se alejó comentando el hecho. A pesar de que en vida habló muy mal el español, en sueños se expresaba correctamente, con un armonioso gracejo. (*¡El español del garage!*).

Él había aprendido a rastrear en los sueños. Así comprobó que todo lo soñado es perfectamente explicable si se sabe analizar la vigilia. La sabiduría, finca en la pureza del rastreo, y su éxito, en descartar cuidadosamente los hechos importantes, los del primer plano en la memoria. Con tal rigor, absolutamente todos los sueños se explican. Pero es necesario no apartarse de los pensamientos de menor categoría, acentuar la búsqueda entre los que apenas se grabaron en el cerebro. Hay que insistir en la fugaz: en lo desmemorido. La pesadilla es el desquite de las ideas a las que no dimos importancia, las que posteriormente se rebelan, al no resignarse a permanecer inválidas a incompletas.

El asesino no dio importancia a un ramo de flores que había en la mesa de luz del cuarto de su víctima sino después del sueño de la primera noche. Aquella impresión se estampó en el último plano de la subconciencia. Como la mujer estaba dormida, de ahí dedujo la justificación de soñar con amapolas. Otras impresiones se sucedieran durante los segundos del crimen, pero él las consideró en profundidad, y, por tal razón, quedaran grabadas en su mente. Como no se trataba de impresiones tenaces, dejaran de ser objetos memorables para la conciencia dormida. No se habían incorporado al sueño como, verbigracia, la horrible presencia del hombre que imaginó tercamente de huésped, en casa de la víctima. Ésta resultaba una idea de trazos indelebles y por lo tanto insoñable. Dormida, se dejaba fertilizar por lo fugaz.

Iba llegando a las puertas de un hotel cuando finalizaba el análisis de su primer sueño de delincuente. Esperaba tener un día despejado para leer las crónicas policiales de su crimen. Sentíase satisfecho al comprobar que no era el arrepentimiento una de las primeras síntomas inevitables. La noche transcurrida en la cárcel distaba mucho de ser infernal. No experimentó las crisis de las conciencias atormentadas contadas por tantos novelistas que ignoran los secretos de los

criminales. La primera noche de un asesino no está necesariamente poblada de atroces pesadillas. Han exagerado los criminólogos. La primera noche del asesino suele pasar tan limpia como la de los niños, porque en su sueño se desarrollan, crecen y superviven las más pueriles sensaciones, las que se experimentarían rápidamente en la vigilia del crimen. Nunca se sueña con el arma homicida. Se sueña con la flor desdeñada, con el color que no se vio, con una estrella entrevista...

CAPÍTULO VII

Los cautelosos diarios de la mañana se atenían a la información policial estrictamente.

UNA MUJER APARECIÓ ASESINADA EN UNA CASA DEL BARRIO PARQUE SE INVESTIGA LA MUERTE DE UNA RESIDENTE EXTRANJERA

Al mediodía la noticia maduró como una fruta.

CRIMEN MISTERIOSO HUBO LA EXTRAÑA MUERTE DE UNA SUPUESTA ESPÍA

Las noticias empezaban a emplumar —valga otro símil pueril— como los pollitos al romper la cáscara del huevo. Los cronistas husmeaban apenas lo sensacional, pero el instinto no les traicionaba del todo. Los encabezamientos no eran muy ingeniosos porque no había en ese momento ninguna razón para atraer la atención del público ni distraerla con fines especulativos. Las reservas de la policía excitaban al fin la imaginación de los gacetilleros.

En los diarios vespertinos los contradictorios titulares empezaron a dar brincos:

UNA ESPÍA ITALIANA MUERE ASESINADA USABA CINCO NOMBRES CURIOSOS DETALLES ¿DRAMA DE CELOS O DE ESPIONAJE? ¿ES LA CABECILLA DE UNA BANDA? BARRIO PARQUE DEJA DE SER UN BARRIO SIN HISTORIA TRES BALAZOS CÓMO ENTRÓ AL PAÍS LA ESPÍA ULTIMADA A TIROS SE DESCUBREN DOCUMENTOS SENSACIONALES

Al día siguiente los diarios necesitaron echar mano al drama del Barrio Parque porque la actualidad no podía ser más pobre, menos interesante.

NOEMÍ FARINELLI SE LLAMA LA ESPÍA ASESINADA FILIACIÓN DUDOSA SE INVESTIGA EL CRIMEN DEL BARRIO PARQUE ESTA RELACIONADO CON EL ESPIONAJE NAZI SE PRACTICA LA AUTOPSIA DE LA VÍCTIMA TENEBROSOS ESPÍAS

A la tarde del día siguiente no había qué comentar de las actualidades nacionales

o extranjeras. Era un día vacío, punto muerto del periodismo. El resto de las secciones de los diarios cifraban en la sección policial. Y los cronistas policiales salvaron la chatura con una de las intrigas más sabrosas de los últimos tiempos.

ESPIONAJE EN ACCIÓN
LA FARINELLI ERA CONOCIDA POR «LA VAMPIRA»
MUJER FATAL. CRIMEN PERFECTO
¿ERA NOEMÍ FARINELLI AGENTE FEMENINO DE LA GESTAPO?
QUERÍA VENDER UN INVENTO
MILLONES EN DANZA
EL EMBAJADOR ALEMÁN TIENE LA PALABRA

Tito no pudo recuperar el sueño cuando leyó la mención que se hacía de supuestos millones. Aparecía, ante sus propios ojos, como un torpe instrumento en manos de una organización internacional. Dejaba de considerar su drama como un simple drama de celos. De pronto, tocada alguna recóndita circunvolución de su cerebro por la idea del oro, empezó a soñar con un anillo cincelado. Veía entre sueños, vagamente, una calavera de finísimas líneas. Atribuyó el hecho a la obsesión de la muerte que danzaba a su alrededor desde hacía un par de días. En la pesadilla, una infinita serie de anillos formaban una cadena que se perdía a la distancia. Había olvidado por completo la historia del anillo del inventor. Al hacer memoria la recompuso a su modo. Se trataba de una joya de familia, proveniente de un antepasado de Gloria, guerrero germano, según ella. Una alianza habría acompañado al anillo de la calavera en el curso de varias generaciones, pues los contornos aparecían como limados por el uso. Era un detalle escalofriante. Recordó perfectamente el momento en que Gloria le había hecho la historia del anillo. Fue tres meses antes, al instalarse casi en secreto en el departamento de la calle Tucumán. Todavía el *Ville Fleury* se hallaba en el puerto de Buenos Aires. Recién entonces, al evocar las primeras horas del regreso a su ciudad natal, recordó que la mujer le había ofrecido el anillo el día antes de la llegada del primer anónimo. Después olvidó el regalo, obsesionado por la implacable voz: *Necesito verte.... Peligro de muerte.... Sigo en el «Albatros»... Sigo en el «Albatros»...*

* * *

El asesino abandonó el hotel porque allí no podía conciliar el sueño. Corrió al departamento de la calle Tucumán, decidido a escuchar una vez más la voz de los discos.

Con gran sorpresa, halló uno de ellos colocado en la ortofónica, con la membrana sin levantar, como si acabasen de interrumpir el mecanismo. Dudó un instante. Quizás lo dejara él mismo. Sé sentía aturdido, desmemoriado.

Hizo andar el aparato. «Hay amenaza de muerte, Gloria... Sigo en el Albatros»... El portero y la criada podían haber oído aquella voz... Quizás un detective que ya

estaría sobre la pista. Sí, había andado por allí alguien de la policía. Recorrió las habitaciones. Estaban en orden, no había huellas de extraños.

Desde el cuarto vecino juzgó la voz del anónimo. Era, sin la menor duda, la del extra que vitoreaba al pugilista en el film de la coartada. La misma voz de la pantalla...

* * *

La segunda noche de su condición de asesino no transcurrió tan plácida como en la celda. En el hotel, volvió a dormir mal, volvió a soñar que estaba despierto y se entretenía con el anillo de la calavera. Como tenía pesadillas con efigies de muertos, se vio obligado a pensar insistentemente en el anillo para así evitarlo en el sueño de la siguiente noche.

No se atrevía a buscarlo. Creía que era suficiente el martillar de la idea para no verse acosado por centenares de anillos que se unían y formaban una cadena que supuso de mal augurio. De súbito recordó el lugar donde lo había visto la última vez. Abrió un cajón del que brotó una oleada de guantes sucios, impresionante confusión de pellejos de manos suyas y de Gloria. Entrelazados dedos, bocas marchitas de guantes de gamuza, secas bocas de cabritilla, meñiques de seda, que le parecieron gusanos. Al fondo, en un ángulo del cajón, encontró el anillo con la calavera.

Y se lo puso sin mirarlo siquiera, y salió a la calle como una exhalación.

Tomó el primer taxi que encontró. El chofer marchaba lentamente, esperando órdenes. Ya había preguntado tres veces la dirección. Y él no respondía. Como no alcanzaba a ver al pasajero por el espejo retrovisor, dio vuelta la cara, un tanto sorprendido.

—¿Qué? ¿Le pasa algo, señor? —preguntó a tiempo que frenaba suavemente.

El asesino se miraba las manos. Hacía girar el anillo en su dedo meñique. No sabía si llevar la calavera hacia adentro, disimulada en la curva de la mano o exponerla a la apremiante visión de sus ojos. Ya no soñaría más con el tétrico amuleto.

Mientras se distraía cambiando el anillo de un dedo a otro, pensaba en cosas vagas, sin sentido.

—Lléveme a la redacción de *La Crónica* —ordenó recuperando el dominio de sí mismo.

El automóvil se detuvo en las puertas del diario. El chofer se vio obligado nuevamente a dirigirle la palabra para enterarlo del arribo.

Pagó automáticamente Y subió las escaleras del gran edificio. Preguntó al ordenanza si podía ver al señor Pedro Pablo Estévez.

—Pablo Estévez, querrá decir usted.

Alteraba los nombres y apellidos, hablaba torpemente.

—¿Busca al jefe de la sección policial? —preguntó el ordenanza.

—¡No! ¡No! ¡Al señor Estévez, he dicho! ¡Quiero ver al cronista

cinematográfico!

Al oír la palabra policial, sintió escalofrío por el cuerpo.

—No es el señor Estévez... Al frente de la sección cine está el señor Pedro Altávez.

—Al señor Altávez quiero ver.

—¿De parte de quién?

—Tito Hassam.

—Tito...

—Hassam... Dígale Tito y será suficiente. Le dio mala espina la espera a que fue sometido; larga y sospechosa antesala.

Mientras aguardaba, pasaron por su lado dos muchachos en mangas de camisa. Bajaban del taller, con clisés y fotografías en las manos.

—¡Mirá qué estampa! —dijo uno, enseñando una fotografía.

—¿De cine? —preguntó el otro, ya bajando las escaleras. La voz empezaba a apagarse entre los muros.

—¡Qué cine!... ¡Es la Farinelli! ¡La Vampira!

El asesino, en el primer momento no se dio cuenta de que hablaban de su víctima. Gloria, era «la Farinelli», muerta a balazos dos días antes. Cuando reaccionó, las voces se perdían escaleras abajo. De golpe, pensó que la escena no era casual.

Se abrió la puerta de un cuarto cuyos muros estaban totalmente cubiertos con afiches y fotografías. Salió a recibirlo una voz estentórea:

—¡Tito!, ¡pasá!

* * *

Pedro Altávez era uno de esos hombres de edad indefinida. Podía tener treinta como cincuenta y cinco años. Fue compañero de banco en el Internacional de Olivos. Era efusivo, cordial, pero inmediatamente se dio cuenta de que no había perdido la manía de la contradicción, cultivada en los años mozos. No bien Hassam le contó algunos pormenores de la vida en París durante la ocupación, el cronista le reprochó que hubiese abandonado la brillante oportunidad de ser testigo del nacimiento de un nuevo mundo:

—Creí que te quedarías hasta el final. ¡Usted ha cometido un error garrafal, mi querido Tito! ¡Una penosa equivocación!

Hassam no esperaba un recibimiento tan poco amistoso. Cada vez que intentaba justificarse, Altávez daba vuelta la cara y emitía una orden incomprensible a la secretaria que, de espaldas, continuaba impávida en su tarea de recortar fotografías de artistas de la pantalla.

—Sí, comprendo todo... El hambre, lo que vos quieras. ¡Pero perderte una oportunidad semejante! ¡Con las mujeres que habrán quedado solas en París!

La secretaria dio media vuelta para poder observar al visitante porque la argumentación del cronista tocaba su condición de mujer. Se la presentó apremiado

por las circunstancias:

—Julita Bayón —dijo Altávez.

—¿Verdad que usted se hubiese quedado en París? —insistió mientras los presentados se estrechaban las manos.

Julita subrayó el acto con una sonrisa. Altávez prosiguió:

—¡Un disparate! Y la prueba que estuviste mal, es que has tardado en venirme a ver, avergonzado de volver al país.

—No tanto. Hace unos meses, apenas un par de meses que estoy de vuelta.

No se atrevía a precisar el tiempo.

— Y volviste solo, me imagino —continuó Altávez—. En lugar de traerte alguna francesita como la gente. Seguramente cargado de maderas, chapas de cinc y cientos de dibujos. Ustedes, los artistas, van a vivir toda la vida fuera de la realidad. Yo me hubiese importado alguna muchacha por lo menos. ¡Una viudita de la guerra, caray!

El cronista habría continuado con su acometida, de no haber intervenido una cuarta persona que lo reclamaba en el teléfono. Altávez se puso a hablar en voz baja, tan baja que Hassam pensó que encubría intenciones desfavorables para él. Podía ser alguien de la policía, recomendándole que lo retuviese en la redacción. Las palabras de Altávez resultaban fuertemente irónicas. ¿Llegaría al sarcasmo de reprocharle que no se hubiese traído consigo una francesa, enterado de su regreso con Gloria Líber? El amigo de la infancia seguramente lo habría visto en algún restaurante y simulaba desconocer su mal paso.

—Has perdido el tiempo —dijo al colgar el tubo—. No te perdonaré jamás que hayas regresado sin una succulenta francesa.

En ese momento Hassam comprendió que el amigo estaba enterado, y que también la Bayón conocía su historia. Miró a una y a otro con desafío, como acorralado por las indirectas.

—Si estuvieses en un puesto como el mío, comprenderías mejor mi reproche. ¡Todos los santos días al servicio de Greta Garbo, batiéndole el parche a Diana Durbin, mintiendo que las películas de guerra son buenas, que las de espionaje son ingeniosas! Mañana mismo largaba todo con tal de estar en contacto con alguien que me diese una idea real de la guerra. ¡Hasta cronista policial quisiera ser ahora para evitar tanta tontería del celuloide!

Hassam tuvo la certeza de que había caído en una trampa. Hasta se convenció de que la escena de los muchachos que hablaban de la Farinelli había sido preparada.

— Y, en resumidas cuentas, ¿qué te trae hasta aquí? ¿Querés entradas para algún estreno? —preguntó Altávez.

—Para un cine, no. Quiero ver filmar una película nacional.

—¿Qué? ¿Te interesa María Duval o pretendés conocer a Delia Garcés?

—Nada de eso. Necesito un carnet para recorrer los sets.

Al decir *necesito*, comprendió que se extralimitaba. Quiso corregirse, pero Altávez no le dio tiempo:

—¿Querés trabajar como escenógrafo?

Hassam aprovechó para rectificar sus falsas intenciones:

—Has acertado. Quiero ver cómo están las cosas en ese sentido.

—¡Macanas! No es eso lo que te trae aquí. Son otras tus intenciones.

Sonó nuevamente el teléfono. Altávez no dijo una sola palabra, como si recibiese una orden. La secretaria lo miró con inteligencia. Dirigiéndose a ella, el cronista, con la misma vivacidad con que hablaba, prosiguió:

—Ya no se necesitan esas dos columnas. Parece que el asunto del espionaje ocupará toda la página.

Y volviendo sobre el transido Hassam, a boca de jarro le hizo esta pregunta:

—Decime: ¿qué pensás de la muerte de la Farinelli? ¿La mató la banda o es un dramita pasional?

Hassam sintió que el corazón se vaciaba de golpe y que la sangre le golpeaba en la frente.

—No he leído nada. ¡No sé nada!

—¡Has visto! ¡Artista tenías que ser! Un rebote de los asuntos europeos que te deja impávido. ¿Qué le decía, Julita? Nuestros artistas viven en la luna. ¡No les interesa la actualidad!

—Bueno, no es para tanto —replicó la Bayón—. Su amigo tal vez vuelva asqueado de todas esas cosas. Para nosotros será sensacional. Para él...

Hassam estuvo a punto de contestar con violencia. Era demasiado autoritario el tono de Altávez.

—Mirá, Altávez —dijo cambiando una mirada con la secretaria—. Yo he venido a saludarte, en primer término, y después a pedirte un favor. Si no podés, decímelo y no le des más vueltas a la cosa.

El cronista sintió a fondo el reproche de Asma. Súbitamente reaccionó con ánimo de contradecirle; en una manifestación muy suya de la manía interpretativa:

—De acuerdo. Te daré tres recomendaciones. Para Sóffici, para Saslavsky y para Zavalía. ¿No es eso lo que querés? ¡Zavalía es muy cortés, ya lo verás!

—Poco me importan los directores. Quiero ver filmar en los estudios del Delta Film.

—¡Estupendo! Allí están trabajando en una película de terror.

Miró a Julia Bayón. La secretaria interpretó la mirada:

—Yo lo acompañaré. Tengo que hacer un reportaje a Magaña.

—¿Magaña? —preguntó Hassam.

—Sí, al actor principal —lo informó la Bayón—. No sé si trabaja esta noche, pero va siempre *al set*.

Volvió a sonar el teléfono. Altávez anduvo por el cuarto con el aparato en las manos, hablando en voz muy baja, paseándose por los rincones. El teléfono estaba provisto de un largo cordón que le permitía moverse con libertad.

—Pero decime, Tito —le preguntó con una inusitada fraternidad—, ¿vos

necesitás de veras ir al set donde se filma o preferís que te presente a Saslavsky para hacerle algún escenario? Saslavsky es partidario de la gente de tipo europeo como vos.

—¿Pero no te he dicho que quiera ver filmar primero? Después, veremos si puedo trabajar en algún estudio.

Altávez salió repentinamente, sin excusarse, dejándolo solo con Julia Bayón. La secretaria tomó la palabra:

—Es fácil conseguir un permiso para Delta Film. El señor Altávez está bromeando. Usted lo conoce bien. Siempre es el mismo.

No. Altávez no era el mismo. Había demorado en hacerle pasar. Interrumpió la conversación para hablar por teléfono. Parecía excitado, poco natural, fraternalmente agresivo. Encubría algo, sin duda. Sus insidiosas alusiones a la Farinelli y a la guerra no eran meramente casuales. Tito quiso evitarlo lo antes posible.

—¿Acepta usted una invitación a comer conmigo esta noche? —le preguntó a la Bayón—. Iríamos luego juntos al estudio. Me daría un gran gusto.

La Bayón aceptó. Cuando Altávez volvió, hablaron poco porque el amigo de la infancia regresó visiblemente cambiado. Al entregarle las cartas de presentación, sus palabras lo llenaron de sospechas:

—Podías haberte acordado de mí cuando llegaste. Pedirme algún consejo. Bueno, ahora que sea lo que Dios quiera.

CAPÍTULO VIII

Unas horas más tarde, al ver entrar a Julia en el restaurante, por la forma nerviosa con que se condujo en los primeros momentos, dedujo que Altávez ignoraba la cita.

—No he querido decirle que comía con usted. Le ruego que guarde el secreto. Tendría un gran disgusto si se enterara.

Cuando el asesino se hubo retirado, Altávez se encargó de sembrar sospechas en el ánimo de Julia Bayón.

—¿Por qué me habrá dicho que usted ha cambiado mucho? —preguntó Julia con cariño—. Me aseguró que era otro hombre. ¿Acaso la guerra le produjo una impresión muy fuerte?

—No sé... No sé realmente qué cambio ha visto en mí —contestó Hassam con un aturdimiento desconocido en él.

— O parece que usted le ha hecho algo en su ausencia —comentó la muchacha—. Para sincerarme le diré que a medida que intentaba alejarme de usted, me interesaba más su persona. Hizo reflexiones sobre la amistad que los unía... Creo que estuvo a punto de decirme algo, pero se contuvo.

Tito Hassam bebía entre pausa y pausa de la secretaria de su amigo. Le iba resultando a cada instante más apetecible. ¡Tentadora!, ésa era la palabra.

Julia Bayón pensaba que no estaría comiendo con un desconocido si Altávez se hubiese conducido con más naturalidad, si no hubiese dicho tanta cosa inexplicable sobre un hombre, artista plástico, de tan naturales maneras. Pero insistió tanto en confundirlo todo, en elogiarlo y criticarlo a un tiempo y en volver a recordar sus días del bachillerato para caer luego en reproches y reconvenciones, que Julia Bayón acudió a la cita, ansiosa de conocer lo. Pudo evitar el encuentro, simplemente con no ir al restaurante. La invitación había sido tan fugaz, tan informal, que podía quedar en blanco. Pero le tentó la idea de enfrentar a un artista de origen árabe, recién llegado de Europa, evadido de aquel infierno desconocido.

—Tal vez usted lo ofendió —dijo la muchacha—. ¿No recuerda qué pudo haberle molestado? Haga memoria.

El asesino tuvo dos o tres oleadas de sueño. Se le escapó un bostezo. Siempre le pasaba lo mismo al empezar a comer.

—Perdone, Julia —dijo cubriéndose la boca—. Tengo el estómago vacío.

Y para salir del paso se le ocurrió justificar el disgusto de Altávez.

—Creo que le molestó que no me interesara sobre el caso de esa espía desaparecida..., asesinada...

Julia se sintió como iluminada por una idea. No pudo contenerse y la expresó:

—Me ha llamado mucho la atención que el señor Altávez haya mentido respecto a la página sobre ese crimen. No es cierto que necesiten dos columnas de nuestra sección. Yo no sé por qué mintió delante de usted.

Y luego de ponerse pensativa, continuó:

—A veces quiere darse tono demostrando que está al tanto de las otras secciones del diario. Es una debilidad que no me gusta nada. Pero todos tenemos errores.

—Sí —replicó el asesino—, es un poco fatuo... Usted oyó cómo pretende dar consejos a los amigos. Se mete en lo que no le importa. No ha cambiado mucho desde que dejé de verlo.

Ella iba poco a poco simpatizando con Hassam. Ostensiblemente hizo algunas confidencias de carácter familiar. Habló de un hermano, enamorado de cierta mujer de mala vida. Aquella confidencia templó la conversación. Tito le aconsejó que lo dejase vivir ese momento, que eran crisis inevitables. Fue optimista, exageradamente optimista. Casi justificó el mal paso del hermano de Julia. Ya cambiaría el muchacho y ella se acordaría de su consejo. Al formular el pronóstico, Julia comprendió que intentaba perdurar en su vida, que la invitaba a recordar el encuentro en un futuro no lejano.

—¡Un día usted me dirá que yo tenía razón! —dijo anticipándose en el tiempo.

—Ojalá pueda darle la razón.

—Entonces admite que nos podemos ver, por ejemplo, dentro de un año.

—Seguramente —contestó ella.

—Me hace usted muy feliz —terminó Asma con melancolía de insomne.

Vinieron los postres. El café los sorprendió hablando de la infancia. Siempre se habla de la infancia al sospechar que el amor inicia su juego visionario y ciego.

Cuando se sorbe el café los comensales suelen mirarse largamente. El café es un negro guión donde se suspenden las miradas.

—¿Usted vive sola, Julia? —preguntó Tito.

—No; vivo con mi hermano y mi madre. Mi madre nos quiere a su manera. Yo, a veces, creo que como la hemos defraudado no nos quiere bien. No sé, realmente, qué esperan las madres de los hijos.

El tono familiar se precipitaba violentamente.

—Mi madre murió cuando yo tenía quince años. Soy hijo único. No conocí a mi padre. Casi nunca sueño con ellos. He viajado mucho. Recibí una herencia. Nací en la calle Tres Sargentos. Creo que llegaré a ser algo. Paso por un momento muy difícil.

Habría seguido así, con frases cortas, trazando su biografía, pero se acercó el mozo y le preguntó si la señora que le acompañaba era la cronista de cine del diario *La Crónica*. Al principio no entendió. Fue Julia Bayón quien respondió al mozo. Sí, era ella. ¿Qué deseaba?

—La llaman por teléfono —dijo el mozo.

—¡Caramba! ¡Qué raro! —comentó Julia—. Creo que es la segunda vez que vengo al Odeón. Me habrá visto alguien entrar.

—¿Quién puede ser? —se preguntó Hassam en voz alta.

—Un momento; ya vuelvo —respondió Julia poniéndose de pie.

El asesino la vio alejarse. Su primer impulso fue pagar y retirarse; que ella, al volver, encontrase la mesa desierta. Así se lo explicaría todo. Pero se contuvo.

Contempló la figura atlética de Julia y se sintió instintivamente halagado de comer por última vez con una muchacha tan bien formada. Casi no le importaba ir a la cárcel.

Julia escuchó las precipitadas órdenes de Altávez:

—¡No se comprometa más! La están siguiendo. Trate de volver a su casa. Deje que ese tipo siga libremente su noche. No me pregunte más, porque puede arruinar una investigación...

Julia enmudeció, impresionada.

—No se comprometa, no puedo decirle nada más.

Déjelo, no bien haya comido. Hasta mañana.

Cuando Julia volvió, el asesino la esperaba sin dar muestras de sorpresa. Su natural discreción le impedía hacer preguntas.

—Tengo que volver a casa. Mi hermano me llama. Creo que estaba con esa mujer en la esquina de Esmeralda y Corrientes.

—Claro, usted le ha visto sin verle; por eso me habló de su caso —explicó Hassam.

Julia no sabía qué contestarle.

—¿Ya pagó? —le preguntó, apremiada.

—No, todavía no.

—¿Por qué no pide la cuenta? Así podemos irnos en cualquier momento.

El asesino pidió la adición. Mientras se la traían habló del cine nacional, de las películas que había visto, de los argumentos tan poco originales, de los directores, de los actores. En ese momento, de un grupo que salía se destacaba la *vedette* Sofía Bozán. Julia se la señaló. En una mesa, al fondo, comían Sóffici y Amadori. La cronista le fue informando para disimular su nerviosidad. Julia se calzaba los guantes con movimientos alocados.

—Esta noche usted soñará con algo que apenas ha entrevisto, con algo que se relaciona conmigo... Tal vez con París... ¡Ah, no, con París no, porque ya le he hecho pensar en París! Soñará con alguna persona que ha entrevisto apenas... Tal vez con ese señor Amadori... Tampoco... En fin, no sé con quién soñará, pero le aseguro que no soñará conmigo, porque me tiene demasiado presente.

—Quizás se equivoque... —Julia contestaba al azar.

—Yo apareceré con la cabeza cortada...

—¡Qué cosas dice! —exclamó Julia—. ¡Le juro que nunca he comido con un ser más raro que usted!

El mozo se acercó con la cuenta.

—Yo estoy seguro que soñaré con alguna de las actrices que apenas conozco, que ha nombrado Altávez o usted...

—¿Irá al estudio? —preguntó Julia levantándose.

—Sí, a medianoche. Necesito distraerme un poco. Vivo desvelado. Quiero pasar hasta la madrugada de pie, para poder dormir tranquilo. ¡Caer derrotado!

Ya en la calle, con la mano de Julia entre las suyas, Hassam le preguntó:

—¿Nos volveremos a ver?

—Vaya por el diario... y no se pelee con el señor Altávez. Es un poco fatuo, pero es buena persona.

«¡El mulato de Altávez!», pensó el asesino. Pero no se atrevió a comunicar su pensamiento. En el bolsillo tenía las cartas de presentación, de su puño y letra.

Julia Bayón tomó un taxi y desapareció.

Tito Hassam compró todos los diarios de la noche y se metió en el vecino Richmond, a leerlos cuidadosamente.

CAPÍTULO IX

Las noticias de los diarios resultaron desconcertantes. Los de la mañana habían disminuido el interés, reduciendo la información a cuatro líneas. Un crimen vulgar con apariencias complicadas. Una aventurera como tantas que muere asesinada de tres balazos. Ni cabecilla de banda de espionaje, ni agente secreto de una potencia extranjera. A las cuarenta y ocho horas, la policía entregó sus partes de indudable imparcialidad. Los periódicos vespertinos rumbeaban hacia la novela de carácter pasional.

El asesino esperaba la detención de un momento a otro. El portero del departamento de la calle Tucumán podía reconocer a la Farinelli por las fotografías de los diarios. Ya le había interrogado en forma deprimente:

—¿Y qué se hizo de la rubia? ¿No anda más con ella?

Él sabía que iba a contestar displicentemente. El portero había visto a Gloria muy pocas veces, porque Tito se ocupaba de los menesteres hogareños, pues la extranjera ignoraba los trámites necesarios.

Todos estos detalles le servían para disimular el crimen. Ella se fue a vivir a Barrio Parque por su cuenta, ayudada seguramente por algún espía.

Esperaba a cada rato la detención. Casi la necesitaba para echar mano a cualquiera de las dos coartadas y comprobar su eficacia.

Nadie sospechaba la pista. Hasta se ignoraban los primeros pasos de la mujer en tierra argentina. Por los pasaportes encontrados en el *petit-hotel* de Barrio Parque, la policía enteró a los diarios de que la verdadera filiación de la mujer asesinada correspondía a un pasaporte de origen italiano, donde se consignaba el nombre de Noemí Farinelli, soltera, cantante de ópera. Según una carta escrita en alemán se deducía que la presunta era hija de alemanes. El padre resultaba un inventor, dueño de un secreto de carácter militar.

Eran las conclusiones de la policía, deformadas o exageradas por los diarios sensacionalistas.

El asesino se sentía oprobiosamente al margen del drama. Se había casado con una mujer que una vez en tierra firme ocultó, con extrañas intenciones, la breve vida en común y por supuesto las terribles consecuencias de los celos. ¡Y pensar que en él engendraron la idea del crimen, su brutal ejecución! Todo rasgo sentimental había sido borrado. Sobrevivía una existencia para él desconocida.

No podía postergar por más tiempo la búsqueda del autor de los anónimos. El verdadero malhechor trabajaría de extra en alguno de los estudios porteños. Era fácil dar con él.

Y con el carnet de periodista, esa misma noche traspasó los umbrales del set.

CAPÍTULO X

Los decorados de las películas de terror resultan de mayor interés para los visitantes que los de la anodina época actual. Las viejas casonas, los cuartos miserables, atestados de muebles roídos; los desvanes traspasados de telaraña, hacen sonreír a los curiosos, pero, a pesar del escéptico desdén, suele sobrecogerles como la presencia de un arcabuz o el manejo de un trabuco que se esgrime en broma.

El efecto que produjo el decorado de la película en el ánimo alterado del asesino se puso de manifiesto en una actitud reverenciosa y callada.

El acompañante de los periodistas, ayudante de la producción y casi asistente del director, se desentendió del Tito visitante, al verle embobado frente a los objetos fuera de uso —quinqués vetustos, candelabros oxidados, petacas— que resultaban impresionantes piezas de museo. El asistente se limitó a orientarlo con pocas palabras.

—Aquí han matado a un hombre. El asesino vive en los sótanos... Dentro de un momento se filmará una escena en que se oye la voz del criminal como si hablase de bajo tierra... ¿Le interesa conocer el asunto?

Como él demostrase poca atención, atento más bien al movimiento de los actores —el supuesto asistente creía que las muchachas extras interesaban al visitante—, optó por callarse y observarlo. Hassam reaccionó. Le pareció ver, entre un grupo de actorzuelos, al pesquisa morocho. Pero al momento comprendió que era una alucinación e hizo preguntas sobre las escenas a desarrollarse en aquellos decorados.

—¿No ha leído usted una novela titulada *El filo de la luna*?

Hassam contestó afirmativamente.

—Bueno, de esa novela están sacadas las principales escenas. Pero la película se llamará *Maleficio de medianoche*. Es un film inspirado en la novela de Arnaldo Jansen Bothinger, autor húngaro descubierto por el señor Saslavsky.

—Sí, si...

El asesino empezó a oír voces de mando, órdenes dirigidas a los iluminadores, algún rezongo inexplicable, retos y reproches.

—Salgan de ahí... ¡Ya les he dicho que no deben pisar el decorado!

Hassam miró hacia el suelo.

—No se preocupe... —dijo el asistente—. Los extras son como las ovejas... Lo ensucian todo. Mire, si quiere ver tranquilamente la filmación, asómese a esa ventana y no se mueva de allí... Podrá verlo todo, sin molestar a nadie.

El asesino, que abrigaba el alma calenturienta y en sombras del insomne Tito Hassam, crecía por momentos, se agrandaba en el ambiente siniestro de la casa del terror.

Nunca creyó que las falsas cosas inanimadas, los elementos de ficción como los muebles y los decorados, podían provocar tanto pensamiento delictuoso, hacer jugar tan bien los ocultos resortes de su vocación criminal.

Cuando se alejó el acompañante, asomado a la ventana de aquella casa sórdida, fue poco a poco sintiéndose protagonista no del film, sino de una novela de la vida real. Los muros, muros de bastidores enclenques, no obstante su fragilidad, le transmitían espesos gritos de horror, el grito de horror que no pudo articular su víctima acribillada o que él no pudo oír, heridos los tímpanos por el estruendo de los tres disparos. Recordó la ventana rectangular, el cristal hecho añicos, los muebles modernos y flamantes que adornaban el último cuarto de Gloria. Se apiadó de su víctima, pero fue apenas un relámpago de arrepentimiento. Al instante, volvió a crecer la cólera criminal, fomentada por la oscuridad que envolvió los decorados donde se hallaba, en el instante que iluminaron otro sector desde el cual el Director daba gritos histéricos:

—¡Más cerca, más cerca!... Ya les he indicado los sitios... Marquen bien los lugares... ¡Silencio al fondo! ¡No hablen!

En realidad nadie hablaba.

Luego, esa misma voz de tono despótico, violenta y agria, hablaba a los que tenía de vecinos, familiarmente, solicitando un chicle o sonriendo con adulonería a la nerviosa estrella. El Director, primer histrión de la farsa, era vigilado por Hassam como si de él partiese la flecha que le indicaría el rostro que buscaba entre el montón de comparsas. Una orden del Director, y alguno de aquellos aborregados sujetos pronunciaría la palabra delatora. Gracias a él descubriría al espía, al hombre de Gloria, al miserable del «Albatros Bar».

Hassam reclamaba una voz, nada más que una voz para vengarse, y el Director podría ofrecérsela, prisionero en el negro panal del micrófono. Se hizo un compás de espera. Director, asistente, *cameraman*, ayudantes, dialoguistas, fotógrafos, reunidos en impaciente haz, hablaban en voz baja, se transmitían misteriosas órdenes, cuchicheaban atisbando en todas direcciones, después de un conciliábulo que le hizo pensar en el grupo atlético de jugadores de *rugby*.

—¡Silencioooo!... ¡Luz!... ¡Atención! ¡Cámara!

Del grupo de extras se adelantaron a paso lento tres sujetos de trazas tenebrosas. La acción se desarrollaba en una calle, esquina de un barrio miserable donde se había congregado una muchedumbre.

Hassam pretendía reconstruir las escenas anteriores a aquélla. Se ha cometido el crimen en alta noche —pensaba—, y, al grito de la víctima, tres vecinos se adelantaron hacia el lugar del hecho.

—¡Corte! —Mandó el Director—. ¡No se mueva nadie!

Las luces disminuyeron. La calleja quedó sumida en la penumbra, con los protagonistas en sus puestos de acuerdo a la orden. El ambiente resultaba más tenebroso que en el momento de la ficción.

Rodaron después algunos aparatos. El micrófono, colgado como un panal en vilo, se movió lentamente. Se oyeron órdenes menores, cuchicheos. El asesino, que nunca había visto filmar, se distraía buscando explicaciones a movimientos y hechos

incoherentes, sin razón ni sentido. Le pareció, mejor dicho, tuvo la evidencia durante unos segundos, de que el detective del interrogatorio había asomado la cabeza entre unos trastos viejos que tenía a sus espaldas. Dio vuelta la cara y recorrió con la vista el cuarto donde según su informante se había cometido el crimen del asunto. Había objetos, nada más que cosas en la extraña casona sin techo. No, no era el «Morocho». Se preguntaba por qué creía a cada rato que se asomaba el detective. Una idea injustificada. Allí no había trabajo para la policía, pues todo era producto de la ficción. Los sujetos siniestros que poblaban el set, los rostros patibularios ocultaban a excelentes horteras acosados por la manía cinematográfica, calculando el estrellato. Gente de torpe ambición y de pocas luces.

En realidad, el asesino comenzaba a sugestionarse con la falsa realidad de los escenarios. Por momentos sentía miedo al dar crédito a la irrealidad. Le parecía increíble verse sometido a la atmósfera creada por cuatro muros endebles y una docena de muebles. «Todo esto —pensó— tiene mucha semejanza con el mundo de mis pesadillas. Por lo general, sueño con cuartos sin piso, y aquí me encuentro en una pieza sin techo. Las pesadillas que transcurren en casas deshabitadas, en viejas cuevas o castillos en ruinas. Yo he pasado noches enteras apartándome telarañas de la cara, y aquí las encuentro tendidas de muro a muro».

Le dio pánico la facilidad con que se entregaba al sortilegio de unos trastos polvorientos. Detenida la mirada en un arcón cubierto de telarañas, se remontó a cualquiera de los cuentos de la infancia. Tanto era el poder de sugestión, que leía una y otra vez el cartel que decía: NO TOCAR, y la advertencia no era suficiente para sacarlo de ese turbio pasado que se interponía en un presente tan real y enérgico. «Los insomnes —reflexionó— nunca están donde están».

El asesino volvió en sí cuando el Director, golpeándose el flanco derecho con una especie de regla plana, gritaba una y otra vez:

—¡Necesito a alguien que diga una frase en voz baja, pero que se entienda, que se registre bien! ¡Vamos a probar una vez más! A ver usted... —señaló a un extra de baja estatura, de gran complexión torácica. Usted, sí... ¿Cómo se llama usted?

—Manuel Cabral —contestó el extra.

Director y asistente se miraron. La voz no era del todo inconveniente. Necesitaban un acento apagado, bronco. Tal vez preguntándole algo más saldrían de la duda de si servía o no.

—¿Ya ha dicho algún bocado? —inquirió el asistente.

El extra no comprendió la pregunta.

—Si ha hablado en esta película que filmamos... Diga algo —insistió el Director impacientándose ante la tímida parquedad del sujeto.

Se le acercaron los segundones sin determinada función en el set. Le hablaron al oído. El Director les escuchaba como si recibiese órdenes de los desconocidos. Los extras murmuraron por lo bajo, un poco desconcertados. El Director, como respondiendo a las indicaciones, de súbito lanzó una orden:

—¡Adelántense todos, sin excepción, hasta un metro más o menos del micrófono!

Los extras ejecutaron automáticamente los pasos necesarios. Tratándose de aproximarse a la cámara respondían con visible satisfacción. Era acercarse al estrellato.

El Director hizo una seña y un haz violento de luces cayó como una ducha sobre la recua humana. ¡Cuánto rostro innoble, cuánta fisonomía endurecida por el maquillaje, por los heteróclitos sombreros y los pañuelos de apache! Alguno repelente, con falsa oreja partida, barbas y cicatrices y tajos en las mejillas.

—Como se necesita la voz de alguno de ustedes para un grito de auxilio, ruego al que yo llame que se acerque al micrófono y lea el texto que le entregará el asistente. ¿Entendido?

Siempre que el Director preguntaba si habían entendido, los extras, enterados de los caprichos del set, no respondían. Aquella palabra, a pesar del tono interrogante, no requería respuesta.

El Director conversó una vez más con los sujetos, quienes dieron señas de entendimiento y se alejaron hacia la cabina de sonido.

Tito Hassam se sentía transportado a la realidad como testigo interesado de una tarea que le favorecía inesperadamente. Jamás supuso que le brindarían una oportunidad semejante. La faena consistía en la clasificación de las voces de los extras y no era otro su propósito. Entre tantas voces buscaba la que había oído en la pantalla del Ambassador.

Llegó a sentirse tan afortunado que dudó si estaba despierto o dormido. Solía padecer ondulantes entresueños, que se manifestaban cuando, era espectador de algo que no le distraía lo suficiente como para mantenerlo completamente despierto. «Despellejo la vigilia», solía decirle al médico al describir el fenómeno. Mezclaba realidad con ficción, sin estar totalmente dormido ni totalmente despierto. En el cine seguía la acción de la película sin perder la trama, pero mezclando en la misma hechos de la realidad vivida pocas horas antes. Así, en una oportunidad pudo entregarse por entero al pasaje sentimental de un film americano, en el cual un viejo maestro, en una patética escena, contemplaba los restos humeantes del incendio de su escuelita. Su dolor era enorme porque se quemaban sus memorias de tantos años. Días antes, un amigo le contó que había conseguido salvar de cierto allanamiento los documentos preciosos de una agrupación política. Asma confundió los hechos, al punto de advertirle a su vecino de butaca que, a pesar de las lágrimas del maestro, no se inquietase porque los documentos estaban a salvo. Al hablarle, recuperó el uso de la razón y retornó a la escena patética de la ficción cinematográfica, procurando no mezclar los hechos de la vida real con los de la fantasía.

En el set volvía a repetirse el fenómeno. Pretendía analizar una por una las voces de aquellos extras y tal cosa iba a producirse en su presencia. La realidad coincidía con sus fantasías. Se frotó los ojos, irguió el busto para provocar la perfecta circulación de la sangre, tomó debida nota de cuanto pasaba entre los escenarios de

aquella calle miserable y canalla que no era de pesadilla, a pesar de estar clasificada en el mundo de los desequilibrados.

No, no entresonaba, no estaba cansado, no tenía sueño, no se sentía débil, no confundía los objetos ni los hechos. Estaba en pleno uso de razón. El destino le proporcionaba la más ansiada oportunidad: oír la voz del disco. Porque, eso sí, estaba seguro de que el actorzuelo que vitoreaba en la escena final de la película era el autor de los anónimos. Faltaba verificar si se hallaba en el set. Cuestión de minutos y caería en sus garras. Debía tener paciencia y tratar de no confundir la realidad con la ficción.

Al volver de sus reflexiones, sumergido en uno de esos pozos sin fin de los insomnes, recobró el ánimo ante el grito del Director. El asesino desvelado parecía reprocharle a él, Tito Hassam, su distraída actitud.

Un extra hablaba, decía frases incoherentes.

—¡No, no y no! —vociferaba el Director—. ¡No es ésa la voz que necesito! ¡Otro, acérquese otro! No perdamos tiempo.

Cien extras aguardaban la ansiada oportunidad. El temor al micrófono los enmudecía, pronunciaban mal y eran poco menos que expulsados, no bien articulaban tres o cuatro palabras.

Pero no parecía ser el Director quien determinaba la calidad de las voces. En la cabina de sonido las seleccionaban otros técnicos, tal vez más sagaces.

Eligieron una que el asesino creyó que era la de los discos. El extra afortunado, vestido con harapos, se colocó bajo un farol del decorado. Hassam lo contemplaba cómodamente, tratando de recordar las facciones de los que vitoreaban al boxeador. No. No había visto nunca a ese personaje. No era él.

De pronto, al separarse del grupo uno de los extras, dejó en descubierto una cara barbada que hundió al asesino en oscuras perspectivas. Al punto no pretendió recordar dónde la había visto. Abandonó la búsqueda porque bien sabía él que los extras estaban maquillados de acuerdo a la época de la película. Las personas eran individualizadas por la voz... El sujeto que observaba lo distrajo un momento, y así se abandonó, no sabía por qué, a la nostalgia del mar. Experimentó el largo reposo marino, sintió los perdidos horizontes desvanecerse en su memoria, mientras se sucedían voces anodinas. Gritaba el Director, escuchaban en la cabina de sonido, se repetían rostros semejantes, volvían a decir las mismas palabras, la misma frase. Resultaba mareante el ir y venir de gentuza hasta la breve Meca del micrófono, la brillante Caaba. El cansancio del asesino se agrandaba terriblemente. Era muy aburrido el trabajo del set. Le transmitía el mismo tedio de la calma chicha en alta mar. ¿Por qué relacionaba su hastío con el hastío del mar?

Se frotó los párpados. Le pesaban en los ojos. Al conseguir una ligera excitación en las pupilas, dejó de ver al personaje que le provocara la idea del mar. Lo buscó entre la muchedumbre de aquella calle que iba entrándosele en el sueño. El extra había retrocedido algunos pasos, apenas se le veía entre otros barbados personajes.

—¡A ver usted, señor! —lo señaló el Director—. ¡Acérquese!

El extra esquivó la orden del Director. Miró hacia atrás convencido de que se dirigían al compañero que estaba a sus espaldas.

—¡No, a usted, el de la barba rubia!

Volvió a no darse por enterado. El asistente dijo al Director, alardeando sagacidad, que como las barbas eran postizas, los extras no se acordaban ya que las llevaban puestas. Y, claro, no respondían a semejantes llamados.

Hubo un momento de hilaridad que se cortó repentinamente con un «¡Silencio!» atronador.

—¡Usted, el de nariz grande!

El extra esquivo no pudo evitar la solicitud. Avanzó hasta el micrófono. Como el asistente se hallaba a su lado, le dijo algo en voz baja, casi al oído.

—Soy extranjero. Yo recién empieza a hablar español.

—Acérquese más. Es muy corta la frase... ¡Lea!

En la cabina de sonido hubo un inusitado movimiento. El micrófono había recogido vagamente la excusa del extra, pero los registros prometían un timbre de voz cautivante.

—¡O.K.! —gritó alguien desde la cabina tranquilizando la expectativa.

Se hizo un raro silencio, una pausa inusitada. Imponíase el rostro patibulario del sujeto. El admirable maquillaje hacía pensar en un actor de primera categoría. Su presencia irradiaba esa fuerza singular, esa arrolladora potencia de los intérpretes señalados por los altos designios del Dios del Cine. Físico fotogénico, voz microfónica, estatura cinematográfica, piel mate, destinada al celuloide. Era el espíritu mismo de la ficción.

Una oleada de envidia cundió por los rostros de los extras. Estaban ante uno de esos casos excepcionales de seguridad escénica, de aplomo, de distinción. Aquel sujeto se diferenciaba de la turbamulta anodina por su desplante frente al micrófono. Era el caso de preguntarse por qué se había demorado su incorporación al primer plano de la pantalla. Un actor, un verdadero actor anónimo iba a hablar para el micrófono criollo. Su mirada, perdida en una lontananza impresionante, subyugaba a los trabajadores del set. El fotógrafo ya le aplicaba los aparatos de su uso, dirigiendo las cámaras hacia el inusitado descubrimiento.

El asesino, por un instante, distrajo su atención solapada para situarse en el plano del testigo privilegiado. «¡Es un actor de categoría! —dijo alguien a pocos pasos de Tito Hassam—. ¡Un actorazo! ¡Qué físico!».

Los extras avanzaron. Los maquilladores se sentían orgullosos de haber pegado aquellas barbas con líneas naturales. El jefe de la ropería, que pasaba en ese momento por allí, sonrió satisfecho de vestir con tanto acierto a un actor que con su sola presencia ya se abría camino hacia las grandes interpretaciones.

El extra ignorado era un gran actor, sin duda alguna. Un actor de primer plano. Cuando el Director se caló los auriculares para escuchar mejor, dio la orden de: «¡Cámara!» seguro de registrar una voz inolvidable.

Habló el actor. Dijo la frase que tantos otros habían repetido en vano, y por el estudio se oyó un murmullo de aprobación jamás oído. Ésa era una voz bien entonada, grave, subyugadora. El micrófono la captaba como los elementos químicos de las grandes fórmulas captan los líquidos mezclados sabiamente.

Era la voz que necesitaba el Director. Sí. La voz que horrorizaría al público buscador de emociones terroríficas, la que pondría la piel de gallina a los espectadores de todas las salas de América.

Era una voz paralizante que no bien la recogió el micrófono hizo gritar al asesino, a Tito Hassam:

—¡Sí, ése es! ¡Ése es el que enloqueció con anónimos a mi pobre Gloria! ¡Ése es un espía!, ¡un espía! —gritaba a tiempo que corría en dirección al micrófono.

Ya estaba encima del actor, poseído por su descubrimiento, traspasados los tímpanos por la voz amenazante, enloquecido de cólera.

Se precipitó sobre él. Las manos en garra se dirigían a la garganta del extra cuando el «Morocho» se las apresó con la rapidez de los detectives en acción.

—¡Suélteme, suélteme! ¡Yo acuso a este nombre como asesino y espía internacional!

El «Morocho» no lo largaba. Otro de la policía secreta manipulaba las esposas que no se abrían a tiempo. Tintineaban los aceros hasta que, por fin, haciendo un ruido seco y cortante, se cerraron en las muñecas del extra.

—¡Tranquilícese, tranquilícese! —le decía el «Morocho» a Tito Hassam—. ¡Déjenos trabajar, caramba! Ya lo sabemos. ¡No se altere!

El esposado comprendió la realidad de la escena, cuando uno de los ayudantes le dio un tirón de la barba.

No eran postizas, seguramente. Se trataba de un gran actor, sí, del protagonista de una novela de la vida real, atrapado por la policía mediante un ardid sin antecedentes en la historia del delito.

El extra desconocido, que de golpe pasaba al estrellato, lanzó una mirada de furia a Tito Hassam:

—¡Imbécil! —gritó—. ¡Imbécil! ¡Con el anillo de la calavera en la mano! ¡No podrías andar con él por las calles de Berlín! ¡Gran estúpido, no sabes lo que te has perdido!

Tito Hassam se miró los dedos abiertos en abanico. Sin saber lo que hacía se quitó el anillo. El «Morocho» se lo arrancó de las manos, dándole un empujón.

—Preséntese al departamento, mañana a las ocho. ¡Trate de dormir un poco, pedazo de imbécil!

El notable actor esposado, enfurecido y en silencio, como si representase una parte, como si las cámaras estuviesen en función, atravesó el estudio con las barbas encendidas, espectacular. Resultaba un verdadero astro de la pantalla policial.

—Pero ¿puede saberse qué pasa? —preguntó Hassam al comedido Director, mientras quedaban rezagados.

—¡Hombre, que cuando usted le descerrajó tres balazos ya habían envenenado a su famosa Gloria! Acababa de morir. Pronto verá esta escena en la pantalla. ¡Lindo asunto para una película! ¡Y qué actorazo se nos va entre rejas!

Tito Hassam, el insomne asesino ocasional, se fue tras los policías como un pequeño barco en conserva, menos aun, como el minúsculo chinchorro de un navío de piratas.

—Es un estupendo drama del espionaje internacional —comentaba el Productor—. Un epílogo ingenioso que voy a proponer a los escritores del estudio.

* * *

Tito Hassam esa noche durmió de un tirón. Soñó con enormes flores suspendidas en el aire que irradiaban un violento perfume. (Los reflectores del set, pensó a la mañana siguiente, mientras se desayunaba desplegando las hojas de *La Nación*).

Una noticia le saltó a la vista en la columna de Marítimas: Esta mañana zarpó con rumbo desconocido el «Ville Fleury», ex «Albatros».

—¡Oh! —se dijo como en sueños—. ¡Ya caigo! Era el capitán de aquel barco. ¡El *Ville Fleury* que se llamaba *Albatros*! ¡No se me había ocurrido! ¡El siniestro capitán barbudo!

Tres días después, la cronista de cine le dirigió una carta contándole que la noche de la comida en el Odeón había soñado con innumerables anillos en los que se veían cinceladas calaveras de oro. Le preguntaba si entre la gente que comía en el restaurante recordaba alguna que llevase una sortija con tan curioso detalle.

Tito le respondió por teléfono que como hacía buen tiempo, la invitaba a almorzar en el Tigre y que durante el paseo le explicaría la pesadilla en un prolijo análisis. Julia aceptó la invitación de muy buena gana. Le sedujo la idea de navegar por los riachos con un hombre que sabía interpretar los sueños.

Él la encontró seductora, de una belleza agresiva al contemplarla en la proa de la lancha. «Beligerante de la cabeza a los pies», se dijo entusiasmado.

Al pasar bajo unos sauces, Julia cambió bruscamente y tornándose pensativa le rogó que evitase hacerle preguntas sobre su pasado. «No sabría qué contestarle» —dijo hundiendo una mano en el agua. Ella quería intrigarlo, pues su instinto de mujer le decía que el nuevo festejante era propenso a los encuentros novelescos.

El artista xilógrafo juró solemnemente cumplir la promesa, pero desde ese día no ha podido dormir a gusto ni una sola noche.



(Salto, 1900 - Buenos Aires, 1960) Novelista uruguayo. Pertenece realmente a las literaturas uruguaya y argentina, pues pasó buena parte de su vida en Buenos Aires, residencia que alternaba con Salto y Montevideo. Amorim es el novelista moderno del campo rioplatense, que ahonda en la vida rural con un sentido intensamente humano, en frecuente contraposición con la vida ciudadana.

En 1916 llegó a Buenos Aires, donde inició su producción de poemas y cuentos, dividida en varios ciclos. En el primero, con sus novelas rurales *La carreta* (1929) y *El paisano Aguilar* (1934), abordaría los temas del gaucho, el campo y la pampa, a los que estuvo ligado desde niño, abriendo un espacio singular en la literatura del Río de la Plata, en una época de profundos cambios sociales.

El segundo ciclo es de transición, ya que su novelística intenta fórmulas y temas nuevos: psicológicos (*La edad desaparece*, 1938), policíacos (*El asesino desvelado*, 1945) y políticos (*Nueve lunas sobre Neuquén*, 1946); fue una etapa dominada por su creciente participación en cuestiones ideológicas. De un último período narrativo destacan las novelas *Corral abierto* (1956), *Los montaraces* (1957) y *La desembocadura* (1958), donde combina el realismo con una fantasía inusual y exuberante.

Entre sus libros de cuentos se encuentran *Horizontes y bocacalles* (1926), *La plaza de las carretas* (1937) y *Temas de amor* (1960). Su poesía figura en los volúmenes *Veinte años* (1920), *Visitas al cielo* (1930) y *Quiero* (1953). Gran escritor, observador inteligente y artista singular, Enrique Amorim logra espléndidas realizaciones cuando

su inquietud ante la injusticia social que presencia no se convierte en obsesión.